

OBSESIÓN

CLARK CARRADOS

Obsesión

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/256

CAPÍTULO I

El fogonazo de luz, estallando casi en su misma cara, le dejó ciego momentáneamente.

En apariencia, sólo había sido un relámpago de luz con unas manchas verdes hacia el centro, pero en el interior de su retina, persistió, durante treinta dolorosos segundos, el impacto visual del fogonazo.

COKA-MOKA

Aguardó, tenso y tembloroso a un tiempo, a que pasaran los efectos del relámpago. Las letras bailotearon en rojo una frenética zarabanda en el terminal de su nervio óptico y luego se alejaron confusamente.

Abrió los ojos de nuevo. Se notó cansado y exhausto, agotado y a punto de rendirse. Tenía el traje húmedo y arrugado, aunque no, posiblemente, tanto como su espíritu.

Siguió caminando.

Un auto pasó velozmente por su lado, salpicándole con el agua de un charco estancado junto a la acera. Levantó mecánicamente el puño, amenazando a su conductor. Una ráfaga de alegres risas femeninas se desvaneció junto con las luces rojas de posición del coche. El anuncio volvió de nuevo. Ahora pendía, con gruesos trazos chinescos en neón rojo, efe la esquina de una casa, sobre la entrada de una cafetería.

Siempre el mismo.

COKA-MOKA

Buscó con la vista una piedra. No la encontró; la acera estaba Inmaculadamente limpia y brillante bajo la humedad de la noche. De lo contrario hubiera apedreado el anuncio.

Los pies le ardían. Una ampolla empezó a latirle dolorosa- mente entre dos dedos. Apoyó una mano en la pared y levantó por unos instantes el pie enfermo.

Casi al momento oyó pasos a sus espaldas. Eran unos pasos relativamente lentos, pausados, rítmicos.

Dio la vuelta a la esquina, temerosamente, sintiendo que el sudor empapaba su ropa. Aguardó, notando el temblor de sus manos dentro de los bolsillos. Los dientes le castañetearon durante un par de segundos y le pareció estar oyendo el agitar de unos dados dentro de su cubilete de cuero.

El guardia que hacía su ronda pasó por su lado, arrojándole una mirada indiferente. Respiró aliviado. Pero sabía que ese alivio no duraría mucho. Lo estaban persiguiendo.

Podían darle alcance ahora mismo, casi nada más que con alargar la mano. Pero no, preferían agotarlo, cansarlo, exprimirle el espíritu para derrotarlo antes de hacerlo su prisionero. No querían un hombre, sino sus despojos psíquicos.

Sacó un cigarrillo estropeado de un paquete arrugado. Se lo puso en ¡os labios y su temblor era tal que se le cayó al suelo mojado. Extrajo otro.

Le costó dos cerillas encenderlo. De pronto, oyó el zumbido del avión.

Volvió la cara a la pared y crispó los puños, golpeando el duro cemento con ellos, en tanto cerraba los párpados, apretándolos tanto que le dolieron. Sabía lo que significaba el ruido del avión. Un fogonazo deslumbrador y luego aquel malvado, maléfico, insidioso y perverso anuncio.

COKA-MOKA

A pesar de tener los párpados cerrados, un resto del fogonazo impresionó débilmente sus pupilas. Cuando la luz se hubo extinguido, abrió nuevamente los ojos.

El cigarrillo se le había apagado. Entonces sintió «sed» de humo de tabaco. Fue un ansia tremenda, brutal, que le golpeó el cerebro

con violentísimo impacto. Buscó las cerillas. Las encontró en el suelo, en medio de un menudo charquito, mojadas, inútiles.

Barbotó una imprecación, quería fumar. Tenía que fumar o estallaría.

Sus ojos repararon de nuevo en el anuncio de neón. Allí estaba, maligno, fascinador, tan atrayente como Eva después de haber comido la manzana y tan destructor como un chorro de neutrones enloquecidos.

COKA-MOKA

Y debajo el nombre del establecimiento:

RICKY'S

Odiaba tener que entrar en un lugar semejante. Sabía qué era lo que le ofrecería el «barman» apenas cruzase el umbral. Pero tenía que hacerlo. Pensaba que, o fumaba, o se moría. Y no quería morir.

Entró en «Ricky's». En el espejo frontero, ocho letras, ocho fatídicos signos del alfabeto.

COKA-MOKA

Había una mujer joven, encaramada en un taburete. Sus formas eran exuberantes, demasiado quizá. Bueno, había para todos los gustos, pensó maquinalmente.

El «barman» empezó a fregar innecesariamente el mostrador. Abrió la boca como queriendo demostrar que podía prestarse para posar como anuncio de un dentífrico.

—El señor querrá una Coka-Moka, naturalmente —dijo.

—No —contestó roncamente—. Cerillas. Fuego. Lumbre. Algo que encienda este maldito cigarrillo. Pronto, pronto —exigió ásperamente.

El «barman» hizo una mueca de extrañeza. Luego se encogió de hombros.

—Es usted el primero en muchos meses que oigo que no desea una Coka-Moka.

—¡Al infierno usted y su maldita y puerca Coka-Moka! —gritó, sudoroso, exasperado—. Déme sus condenadas cerillas o mándeme

a paseo, pero no me ofrezca más esa inmunda medicina.

El «barman» tragó saliva. ¿Estaba ante un loco furioso?

En todo caso, le seguiría la corriente. No quería líos. Tenía un buen empleo. ¿Por qué preocuparse?

—Aquí tiene, señor —dijo, entregándole las cerillas junto con su mejor sonrisa.

Encendió el cigarrillo. Aspiró con tanta fuerza que llegó a creer que el humo le saldría por los pies.

—Gracias —contestó al cabo, más calmado—. Ahora... déme algo de beber. Algo que no sea esa... cosa que acaba usted de mencionar.

El «barman» meneó la cabeza.

—Lo siento, señor —dijo—. Esto es una coka-mokería exclusivamente. No podemos servirle otra bebida. La Ley nos lo impide.

El zumbido del avión comenzó de nuevo. Se preparó para el fogonazo. En cambio, el «barman» y la mujer miraron al cielo a través de las grandes vidrieras que formaban esquina. Exhalaron gemidos de placer al recibir en sus retinas la impresión subjetiva de las cuatro sílabas.

COKA-MOKA

La mujer se le acercó. Era madura, pintada, de ojos artificialmente agrandados y boca sensual. La carne parecía ir a rebosarle por las aberturas del vestido. Le sonrió profesionalmente.

—Hola, buen mozo. Invítame a una Coka-Moka, ¿quieres?

Estuvo a punto de pegarle una patada. Pero se contuvo.

—Toma lo que quieras —encendió un segundo cigarrillo con la colilla del anterior.

La mujer de las formas exuberantes le acarició la cara con una mano húmeda y transpirada. Luego dijo al «barman»:

—Ricky, una para mí.

—Sí, Lola Lou.

La mujer se fue hacia una moviola situada en un rincón, todo espejos y cromo, tan brillante como el pecho de un mariscal en día de gran desfile. Introdujo una moneda en la ranura.

Inmediatamente empezó a sonar una dulzona y empalagosa musiquilla. Una voz suave, melosa, entonó una conocida canción. Archiconocida.

Una Coka-Moka, para todos toca.
Aquél que una vez la bebe,
a nadie más nunca debe.
El que Coka-Moka no bebe,
que el diablo se lo lleve.
Coka-Moka, Coka-Moka,
siempre, siempre en la boca.

Tiró el cigarrillo. Crispó los puños, en tanto su cuerpo se sentía sacudido por un temblor furioso, casi epiléptico.

El barman le miró con temor. Buscó con la vista un arma ofensiva.

La mujer de las formas exuberantes bailaba ahora sola, siguiendo el compás de la musiquilla. Se fue hacia ella.

—¡Cuidado, Lola Lou! —clamó el «barman».

La mujer suspendió su danza. Contempló con ojos temerosos su avance.

Pero él no la tocó tan siquiera. Pasó por su lado y detuvo la marcha de la moviola. La música se extinguió al instante.

Metió la mano en el bolsillo.

—Toma —dijo, entregándole un puñado de billetes.

Lola Lou le miró atónita, con todo aquel montón de dinero en la mano. Volvió la vista hacia el camarero, en tanto el hombre regresaba junto al mostrador, y el «barman» le hizo un guiño de complicidad. Lola Lou encogió sus rollizos y carnosos hombros y acabó guardándose el montón de billetes en el seno. Luego se dio un par de palmaditas como para asegurarse de que no se le iban a perder.

El se plantó frente al espejo. Se colocó otro cigarrillo en la boca y agitó la mano.

El «barman», esperando una propina tan cuantiosa como la de la mujer, le sirvió cerillas casi instantáneamente. Mientras tanto, él se contemplaba al espejo.

—Ahí estás —dijo —. Tú, Brett Colfax, un genio, un artista de

los negocios, convertido a los treinta y tres años en una ruina física y moral. ¿Por qué?

—¿Decía algo el señor? — preguntó el «barman».

Brett le miró a través del humo.

Dijo:

—Ponga otra moneda en la moviola. Pero que toque una cosa distinta. No quiero que la dama se quede sin su diversión.

El «barman» sacudió la cabeza.

—Lo lamento, señor. Pero sólo podemos tener el disco de la Coka-Moka.

Brett apretó los dientes. Siempre aquella maldita y perversa Coka-Moka. ¿Cuándo llovería fuego del cielo para qué arrasase toda la Tierra y con ella aquel repugnante nombre de ocho letras?

—Está bien —contestó—. Entonces, que se calle. Tome, por la molestia.

En aquel momento, se abrieron las puertas del establecimiento. Un hombre penetró en el local. Iba armado de una especie de pistola de exagerado cañón.

—¡Viva la Coka-Moka! —aulló.

—¡Viva! —contestaron al unísono la mujer de las formas exuberantes y el «barman».

El tipo de la pistola levantó la mano, apuntó al techo y apretó el gatillo.

Un chorro de líquido subió a lo alto, estrellándose contra el techo, contra el cual se adhirió tenazmente. Pero no quedó formando un manchón, sino una palabra de ocho letras, cuatro sílabas separadas dos a dos por un guión.

COKA-MOKA

—¡Viva! —gritó antes de retirarse,

Y la mujer y el «barman» le contestaron con otro viva estentóreo.

Brett se pasó la mano por los ojos. Siempre, siempre aquella maldita palabra ante sus ojos, en sus oídos, en su cerebro, en su mente, hasta en su cuerpo.

—Ricky —gritó la mujer—. Ponme otra Coka-Moka. Esta la pago yo. Y otra para ti y también para el señor, si quiere.

—¡No! —aulló Brett—. Al infierno usted y todos los adoradores de ese maldito potingue.

Fue a salir de la coka-mokería, pero en aquel momento un hombre se detuvo ante la puerta.

Era alto, delgado, de mejillas apergaminadas, a través de las cuales se advertían como cuchillos las afiladas aristas de los pómulos. Los ojos le brillaban como ascuas y su traje totalmente negro le daba el aspecto de un reformador.

Extendió un índice largo y huesudo hacia Brett.

—¡Coka-Moka!

La palabra sonó como un trallazo. Brett se estremeció convulsivamente.

El hombre desapareció casi instantáneamente, tragado por la noche. Brett, rehaciéndose, saltó en su persecución.

Miró a derecha e izquierda. No se vela ya el menor rastro de persona alguna. Sólo humedad y tinieblas, rotas éstas por los fogonazos de los anuncios, compuestos casi exclusivamente por la palabra demoníaca.

COKA-MOKA

A sus espaldas empezó a sonar repentinamente la moviola. La voz del cantante empezó la melodía.

Una Coka-Moka
para todos toca…

Apretó el paso y echó a correr. No paró hasta detenerse doscientos metros más allá, jadeante, empapado en sudor, sin aliento, tembloroso.

La ampolla del pie empezó a dolerle. Sintió claramente, a través de ella, los latidos de su corazón. Lo mismo que un reloj desmandado. Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

—¡Dios mío! —gimió. Casi lloraba.

Tenía los nervios rotos. Ya no podía resistir más. En cualquier momento, el débil nexo que le unía a la cordura se rompería y su mente caería en los negros fosos de la demencia.

El zumbido del avión se oyó de nuevo. Pero ahora no lanzó su

descarga luminosa, sino que empezó a escribir algo en el espacio, con humo fosforescente.

COKA-MOKA

—¡No, no! —aulló. Y echó a correr de nuevo.

Un hombre surgió repentinamente ante él, como brotando del pavimento lustroso. Era alto y vestía de negro. Tendió hacia él su brazo sarmentoso.

¡COKA-MOKA!

Brett dio media vuelta y huyó. Tropezó y, para no caer, hubo de agarrarse a lo primero que le salió al encuentro.

Era un tronco metálico, frío, húmedo y viscoso. Unas letras refulgían en verde fósforo sobre el tubo de hierro.

COKA-MOKA

Golpeó con el puño el duro metal. No le importó hacerse daño. No lo sentía. Sólo percibía el daño en su cerebro, muy adentro de sí mismo.

Pasó un coche, rodando lentamente. El conductor tenía pasado el brazo derecho por los hombros de una mujer que se reclinaba indolentemente sobre él. Brett reconoció el rostro carnoso y sensual de Lola Lou.

Llevaban la radio puesta y unas notas musicales brotaban del altavoz coreadas por la pareja a medio tono.

Aquél que una vez la bebe,
a nadie más nunca debe...

Gritó desaforadamente. No le oyeron.

—¡No... No... No... Noooo!

Pero el anuncio seguía, implacable, feroz, inexorable:

COKA-MOKA
COKA-MOKA

Cuando, literalmente, se le acabaron las fuerzas, cayó al suelo. Amanecía.

Era un amanecer gris, lívido, deprimente. La hierba estaba fría, húmeda. Le hizo reaccionar un tanto.

Se encontraba en un jardín particular. El conocía la casa que se alzaba al final, a pocos pasos de distancia. Había ido allí, guiado, quizá, por el subconsciente dolorido y atormentado.

Se arrastró a gatas. A patas trepó los cuatro o cinco peldaños que le separaban de fa puerta. Izándose penosamente, tocó el timbre. Luego se dejo caer patéticamente indefenso. Ya no podía resistir más. Que lo matasen si querían. Ya todo le daba igual. Al menos, esperaba que «allí» no oiría más ni vería escrito aquel maldito nombre de ocho letras.

La puerta se abrió. Sonó una exclamación de sorpresa.

Brett sintió que alguien se arrodillaba a su lado. Unas manos le tomaron el rostro, atrayéndolo hacia algo cálido y turgente.

—Pobre Brett —dijo una voz que sonaba muy agradable.

* * *

La mujer era hermosa, aunque había perdido en parte la esbeltez de su talle. Tensa unos veintisiete años y una expresión de dolorosa melancolía en sus bellos ojos azules.

Miró a Brett compasivamente.

—¡Pobrecito! —murmuró—. ¡Cuánto has debido de padecer!

—Todavía no he terminado —dijo él roncamente.

Estaba tendido sobre un cómodo diván, después de haberse cambiado de ropa totalmente, tras un baño agradable y confortador. Ella estaba frente a él, sentada casi en el borde de la silla, con las manos sobre el regazo.

—¿Quién te trajo aquí? —preguntó.

Brett se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo mismo, claro..., aunque supongo que debió ser mi subconsciente el que me condujo hasta la puerta de tu casa.

—Me alegro de que haya sido así, Brett. Me gustaría poder ayudarte. Fuiste muy bueno con Mark y conmigo y aún no hemos

podido devolverte los favores que nos hiciste.

Brett hizo un gesto con la mano.

—Olvídalo, Grace —dijo.

—De todas formas, quiero ayudarte. Ya sé que no soy más que una débil mujer..., que pronto se transformará en madre, además; pero hasta una hormiga puede ayudar a un elefante. Cuéntame todo lo que te sucede, Brett, confía en mí»

Brett empezó a hablar. Estuvo hablando durante cerca de una hora, sin que ella le interrumpiera. Al terminar, dijo:

—Lo curioso es que, en medio de todo, la culpa la tengo yo. Yo fui el inventor de esa maldita bebida y no contento con haberla inventado, planeé su lanzamiento y la subsiguiente campaña de publicidad. He ganado una fortuna incalculable, pero daría todo cuanto poseo por volver a los tiempos primitivos, cuando tu marido y yo trabajábamos alegremente por trescientos dólares a la semana.

Un gesto doloroso crispó el bello rostro de la joven. Brett se excusó.

—Te ruego me perdones, Grace. Olvidé que Mark ha muerto hace tres meses escasamente.

Ella le cogió una mano y se la palmeó afectuosamente.

—Fuiste el mejor amigo de mi marido y yo quiero seguir siéndolo tuya. Sigue, no te detengas.

—Hay poco que contar. Ahora la han emprendido conmigo. Quieren hacerse con el control total de la sociedad. Su cuarenta y nueve por ciento de las acciones les parece insuficiente. Pero eso no es todo.

—No pueden obligarte a ceder por la fuerza, Brett.

—Oh, claro que no. Pero ahí está la astucia. Tratan de quebrantar mi voluntad, de romper mi sistema nervioso, de destrozarme psíquicamente, para entonces hacerse con el control mayoritario de la sociedad. Y yo no quiero que suceda eso.

—¿Por qué?

—Estamos envenenando al mundo con una gigantesca mentira, basada en la más insidiosa publicidad. Lo estamos robando, saqueando, estafando y todo ello por medios que en otros tiempos nos hubieran conducido a todos a la hoguera, Grace.

—Creo que te lo tomas un poco a la tremenda, Brett, ¿No hay medio de arreglar las cosas?

El sacudió la cabeza.

—No. Hace ya tiempo que vienen persiguiéndome de modo implacable. Me quieren a mí, a mis acciones, pero, sobre todo, a la fórmula.

Ella respingó ligeramente.

—¿La... fórmula?

—Sí. Sólo yo conozco exactamente la composición de... ese brebaje. Nadie más que yo conoce cómo se fabrica la esencia.

—¿Guardas la fórmula en alguna caja fuerte?

Brett soltó una áspera carcajada. Señaló su frente con el índice.

—¡Aquí! —dijo.

—Pero eso no puede ser, Brett —exclamó ella — . Imagina que te ocurre un accidente. ¿Qué sucedería entonces?

—Nada perdería el mundo —contestó él con dureza—. Pero — agregó—, no quiero morir, naturalmente. Lo único que quiero es que deje de fabricarse la COKA-MOKA.

—¿Y perder ese río de dinero que entra a diario en las arcas de vuestra sociedad?

—Yo ya tengo todo cuanto ambiciono y más todavía, Grace. Pero el mundo se está envenenando con el maldito mejunje,

—¡Qué! —resopló ella —. ¿Tratas de decirme que es tóxico?

—No — Brett sacudió vigorosamente la cabeza—. En sí, no es tóxico. Su toxicidad estriba en que todo el mundo lo quiere tomar; nadie vive sino para la maldita COKA-MOKA. Por todas partes adonde vas sólo oyes pronunciar ese funesto nombre: «Una COKA-MOKA,.. Dos COKA-MOKAS... ¡No puedo vivir sin mi COKA-MOKA antes de acostarme! La carne asada me resulta insípida sin COKA-MOKA»... Y así miles y miles de ejemplos. La Humanidad está envenenada, te lo aseguro, Grace.

Ella le miró compasivamente. ¿Estaba desequilibrado?

—Me encuentro perfectamente bien —dijo Brett, comprendiendo en la muda mirada de Grace lo que pasaba en su interior. Solamente... trato de hacerme perdonar mi pecado, haciendo que no se fabrique más COKA-MOKA.

—Tus socios no querrán ni oír hablar de eso, Brett.

—Por supuesto. Pero ya lo han oído. Yo mismo se lo he dicho.

—¿Y qué te han contestado?

Brett volvió a reír. Su risa era dura, áspera, chirriante.

—Este —dijo, señalándose a sí mismo—, es el resultado. Me persiguen por todas partes. Han intensificado al máximo la campaña de publicidad. Por todas partes adonde voy, me encuentro con alguien que me recuerda la bebida. O algo en donde esta escrita esa maldita palabra. No pasan diez minutos sin que un individuo me salga al encuentro y grite frente a mi rostro esas cuatro sílabas. Su astucia es diabólica. Han contratado una docena de actores teatrales, muy parecidos entre sí en complexión física, de modo que su caracterización resulte algo muy fácil y sencillo, y así me parece que siempre es el mismo individuo el que me sale al encuentro en cualquier ocasión y en cualquier momento. No reparan en gastos, te lo aseguro. Y cuando llevas horas y horas viendo y oyendo hablar de la bebida, que te salga un tipo de ésos y te suelte un estentóreo grito con las ocho letras, te aseguro que los nervios no lo aguantan muy bien.

—Comprendo —dijo ella, sosegadamente—. Y por tu parte, ¿qué has hecho para evitarlo?

Brett se encogió de hombros.

—Huir, huir sin descanso.

—Pero no has salido de la ciudad.

—No, ¿para qué? Tienen espías. Me seguirían por todas partes. A cualquier lugar del mundo que fuera, ellos y sus sabuesos irían detrás de mí. Tienen poder, tienen dinero, no podría evadirles de ninguna manera.

—De modo que sólo quieren la fórmula. Y, ¿por qué tanto empeñó en adquirirla?

—Si consiguieran hacerse con el control mayoritario de las acciones y, además, poseyeran la fórmula, reactivarían de un modo fabuloso la fabricación de la bebida. Comprende, Grace; la COKA-MOKA es una especie de panacea. Tiene todas las virtudes de las bebidas refrescantes, del alcohol y del café, todo en una pieza. Un par de tazas calman la sed más ardiente. Puedes, con seis tazas, adquirir un estado de euforia semejante al que obtendrías bebiéndote tres copas de buen whisky, o tres combinados, sin ninguno de sus inconvenientes: sed posterior, dolor de cabeza, mareo..., con la ventaja de que a partir de la sexta taza lo mismo da que te pares o que sigas bebiendo hasta que la COKA-MOKA te salga por las orejas. Una o dos tazas te reaniman y te estimulan,

pero en modo alguno influencian el estado nervioso. Carecen de la relativa toxicidad de la cafeína, pero con todas sus virtudes. ¿Qué más puedes pedir a una bebida semejante que, además, ha destronado totalmente al ácido acetil salicílico, vulgo aspirina? Una taza quita el más violento dolor de cabeza, dejándote prácticamente como nuevo. Incluso los lactantes pueden tomarla, sin el menor perjuicio para sus delicados estómagos. Todo, todo el mundo puede beber COKA-MOKA sin sufrir nada, antes al contrario, adquiriendo un estado de ánimo magnífico, maravilloso, lleno de optimismo...

—Y si la COKA-MOKA es así y tiene tales virtudes, ¿por qué intentas detener su fabricación?

—Por la sencilla razón de que si no físicamente, el mundo sí se está intoxicando psíquicamente. Si la cosa sigue de esta forma, ya no se trabajará para otra cosa que no sea conseguir una, dos o diez tazas del brebaje. Todos viviremos por y para la COKA-MOKA y ya nadie hará nada ni querrá otra cosa que sumirse en los paraísos artificiales y sin ningún perjuicio que proporciona la COKA-MOKA. Estamos asistiendo a una «cokamokación» del mundo y yo quiero evitarlo.

—Niégate a dar la fórmula, Brett.

El la miró fijamente.

—Ya lo he hecho, pero ellos no se dan por vencidos.

—Y tú, hombre listo y vivo de ingenio, que supiste, no sólo inventar una bebida semejante, sino planear, dirigir y hacer ejecutar la campaña de publicidad, ¿no vas a encontrar remedio para una cosa tan fácil?

—No, por ahora. Dentro de veinte años, sí, Grace.

Ella parpadeó levemente.

—Explícate, por favor, Brett.

—Como todas estas bebidas, mejor dicho, como todas las que la precedieron, alguna de las cuales poseían cualidades similares, pero sin llegar a igualarla, ni de lejos, la COKA- MOKA se fabrica partiendo de una esencia. Con ésta se hace el jarabe y de éste, la bebida que se expende. Yo soy el inventor y, por ahora, el solo poseedor de la fórmula de la esencia. Lo malo es que cuando empezó la fabricación en grande, hicimos tanta que ahora hay esencia almacenada para veinte años largos, por muy grande que sea la demanda y el consumo. Claro está, la esencia se agotará un

día y entonces ya no podrá fabricarse más la COKA-MOKA. Por otra parte, pueden ocurrir mil cosas; un terremoto, un incendio, cualquier accidente; en fin, que destruya los depósitos de esencia de COKA-MOKA. ¿Te imaginas qué sucedería entonces? La sociedad sufriría un desplome vertical y mis socios se irían a la ruina.

—Pero eso puede evitarse, Brett.

—Claro. Los depósitos de esencia están férreamente guardados, como no lo han estado nunca los mejores secretos del Gobierno. Cada vez que hay que hacer una extracción de esencia —con una gota puede hacerse una taza— dos de los socios, como mínimo, acompañados del gerente general, y del interventor-tesorero, se dirigen al local donde está guardada la esencia. Hay un pelotón de hombres armados custodiando la puerta, con orden de disparar contra todo aquel que no esté debidamente documentado o se acerque con intenciones hostiles. La puerta tiene cuatro cerraduras distintas y una clave que se cambia a diario. Es de acero y cierra un muro de cemento de dos metros y medio de grueso. El metal mismo de la puerta tiene veinticinco centímetros de espesor y se necesitaría uno de los antiguos obuses de la marina de trescientos cinco milímetros para derribarla.

»Dentro del local están los depósitos de esencia. Son treinta, cada uno de los cuales contiene cinco mil litros del preciado líquido. Cada depósito tiene un medidor sumamente preciso, que indica en todo momento el contenido. El grifo de extracción se abre también por medio de una cerradura interiormente de «pyrocéram», la cerámica utilizada en el revestimiento de los chorros de escape de las naves cohetes y cuya resistencia al calor es fabulosa. Sólo se verifica una extracción diaria y es escrupulosamente comprobada. Figúrate, con un litro, la cantidad de jarabe de COKA-MOKA que podrías obtener. Luego se realizan todas las operaciones a la inversa y ya está.

Brett calló, jadeante y sin aliento, después de tan larga parrafada. Grace le miró con inmensa simpatía.

—Verdaderamente —dijo—, eras mucho más feliz cuando te dedicabas a la química por cuenta de otros, Brett.

—Era pobre, pero me sentía feliz, sin estos inmensos quebraderos de cabeza. Grace, tú la has tenido siempre muy bien puesta sobre los hombros. Aconséjame, ¿qué debo hacer? No quiero

seguir más adelante con esta farsa inicua.

Ella encogió los hombros.

—¿Qué consejos puede darte una pobre mujer como yo, Brett? No puedo decirte sino que resistas.

—Si continúan así, no podré resistir —se lamentó Brett—. Tendré que acceder a sus deseos y dejar que todo se lo lleve el diablo.

—Entonces cédeles la fórmula y las acciones y cómprate una isla desierta en el Pacífico. Por raro que pueda parecer en esta época, todavía quedan algunas.

—Esa no es solución, Grace. Tanto daría meter la cabeza bajo la arena...

—... y así no verías lo que pasaba —dijo Grace pensativamente —. Bueno, no hace falta que lo hagas de esa forma, Brett, aunque sí, de una muy parecida.

Los ojos del joven brillaron repentinamente.

—¡Cómo! ¿De qué manera? Tú tienes una idea, Grace. No te la guardes. Dímelo, pronto.

—Dices que hay existencias de esencia de COKA-MOKA para veinte años.»

—Sí, claro.

—O sea que dentro de dicho espacio de tiempo ya no se podrá fabricar ese brebaje.

—Claro. Nadie sabe cómo es la fórmula, sino yo.

—Bien, entonces busca un montón de arena y mete en él la cabeza y el cuerpo además. No te verán ni los verás. La frase es metafórica, pero puede llevarse a la práctica. Busca una clínica de hibernación y pide que te duerman para veinticinco, treinta, cuarenta años... el tiempo que te convenga. Cuando te despiertes, habrá pasado ya el furor de la COKA-MOKA y tu obsesión habrá desaparecido. Y ellos, poco menos.

Brett se tiró del diván, arrodillándose frente a la joven. Tomó sus manos con vehemente gesto.

Dijo:

—¡Grace! ¡Eres estupenda, maravillosa, incomparable, única! ¿Por qué mil diablos no se me habrá ocurrido a mi antes una idea semejante?

Ella se desasió suavemente.

—Tú tenías la cabeza ocupada en otras cosas más importantes, querido.

Brett se puso en pie. Empezó a pasearse nerviosamente por la habitación.

—Sí —dijo—. Haré que me duerman por cuarenta años, el doble de tiempo. Para entonces no quedará ya ni rastro de ese maldito mejunje. Venderé todas las acciones, pero no a ellos. Buscaré tres o cuatro corredores distintos, de modo que salgan poco a poco al mercado...

Se detuvo.

—Para eso —dijo— necesitada una persona de toda mi confianza. Yo quiero dormirme cuanto antes, Grace; y si las acciones salieran de golpe, podrían sufrir una depreciación terrible, además de que ellos podrían adquirirlas y con ellas el control de la compañía...

Hablaba rápidamente, a trompicones. De pronto, chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —exclamó alborozadamente—. Ya he encontrado el remedio. Tú te encargarás de ello, Grace.

La joven se echó para atrás en la silla y se puso ambas manos en el pecho.

—¡Yo! —exclamó—, ¡Y en el estado en que me encuentro, Brett!

—¡No importa! Vende dentro de un año, o dos mejor. Para entonces me tendrán casi olvidado. Tendrás una buena comisión, Grace. Eso te librará de preocupaciones monetarias... y al que ha de venir también. Tu marido, dispénsame, fue un poco loco al no querer unirse a mí. Ahora podrías tener una saneada fortunita y... Pero yo lo repararé; ya nunca más tendrás que pensar en cómo solucionar la compra de mañana. Harás eso que te digo, ¿verdad?

Ella sonrió suavemente.

—Lo pides de una forma que no hay modo de negarse, Brett.

—Iré y prepararé todo. Haremos la transferencia en secreto, de modo que nadie se entere. Depositaré el paquete de acciones a tu nombre en el banco Intermundial. Dentro de dos años, empieza a vender. No tengas prisa; aunque tardes otros dos, no importa. Así las acciones serán adquiridas por varias personas y no caerán en sus manos.

—Pero con el tiempo ellos pueden rescatarlas, Brett.

—Es probable. Sin embargo, para cuando quieran apoderarse del control de la sociedad, será ya un poco tarde, ¿no crees?

Ella hizo un gesto de duda.

—En fin, si tus deseos son ésos, Brett...

El joven se dirigió hacia la puerta.

—Voy a preparar todo, Grace. Volveré a la noche.

Y salió.

En la puerta se encontró con el tipo vestido de negro. Este, como de costumbre, alargó la mano.

¡COKA-MOKA!

Brett también alargó la mano. Pero la había cerrado y su puñetazo derribó, pies por alto, al individuo. Pasó por encima de él y detuvo al primer taxi que pasó a su alcance. Había cesado de llover y el día se presentaba radiante.

Mientras tanto, Grace, en la cocina, se preparaba una taza de cierto líquido, en tanto que canturreaba una tonadilla muy de moda.

COKA-MOKA, COKA-MOKA
siempre, siempre en la boca...

Tomó la taza delicadamente con el índice y el pulgar y la acercó a sus labios. Su pecho se hinchó en un suspiro de satisfacción.

—¡Es deliciosa! —exclamó.

CAPÍTULO II

Antes de salir de casa, Brett miró a derecha e izquierda, con gesto cauteloso. Inició su primer paso en la acera, pero en el mismo momento se detuvo un coche junto al borde de la misma.

Brett sufrió un fuerte estremecimiento. Fue a meterse en la casa, pero un impulso contrario detuvo el movimiento apenas iniciado. Resuelto, avanzó hacia el vehículo.

Viajaban dos personas en él. Una de ellas era un hombre, grueso, fornido, sanguíneo, cuya doble papada indicaba su afición a los

placeres de la buena mesa. Tenía los ojos hundidos en un cerco de grasa, pero las pupilas destellaban con viveza mal disimulada. Se llamaba Ern Doble.

La otra persona era una mujer. Joven, de cabellos como el azabache, seno firme y erguido, talle delgado y piernas de concurso. Respondía al nombre de Carolina Vriett. Permanecía seria, impasible.

El gordo sonrió.

—Hola, Brett Colfax. Creí que me tenías miedo.

—Se me ha pasado, Doble —contestó el joven con acritud. Después de la decisión adoptada el día anterior, su aspecto físico había mejorado notablemente—. Ya no os temo ni a ti ni a ninguno de vuestra pandilla. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Mejor será que hablemos en tanto rodamos, ¿no te parece? Entra, no voy a comerte.

Brett miró a la joven. Esta le devolvió la mirada con gesto apacible e indiferente a un tiempo.

Ern Doble sonrió.

—Es mi nueva secretaria. Lina, pase atrás.

—Sí, señor Doble —contestó ella con voz baja, pero agradable.

—¿Buscas tus empleadas en los concursos de belleza de Atlantic City, Ern? —preguntó Brett, en tanto se acomodaba al lado del gordo.

Este soltó una risita.

—¡Qué cosas tienes! ¡Tú siempre de tan buen humor, Brett. Lina, ¿escuchó usted lo que dijo el señor Colfax? Ha sido un magnífico elogio de su belleza.

—Muchas gracias —contestó ella inexpresivamente.

El coche rodaba rápidamente por la gran autopista elevada. Brett observó el cuentaquilómetros y advirtió que iban a casi doscientos a la hora.

—Parece que tienes mucha prisa, Ern —murmuró.

—Esta autopista es para correr, Brett.

—Bueno —contestó el joven —. Dijiste que hablaríamos mientras rodábamos. ¿Qué quieres decirme?

Doble alargó la mano. Pulsó un botón en el tablero de mandos y unos segundos después se abrió un cuadrado de unos diez centímetros de lado. Una diminuta bandeja se deslizó hacia afuera,

sosteniendo una taza llena de líquido.

El gordo alargó su mano y tomó el asa de la taza. Conduciendo con la izquierda, miró burlonamente a su invitado.

—Un magnífico invento el tuyo, Brett. Lástima que en los últimos tiempos te hayas vuelto así. —Sorbió de un trago el contenido de la taza y la tapa del compartimento se cerró automáticamente —. ¿Cuánto pides por tus acciones, Brett?

—No están en venta, Ern. Debieras saberlo —contestó secamente el joven.

—Nos hemos reunido todos los socios. Hemos decidido elevar el nivel de la oferta. Ahora te ofrecemos un millón de talentos por las acciones, más el diez por ciento para ti y tus herederos, durante cien años. Y, naturalmente, el derecho de inspección tanto de libros como de fabricación.

—Es inútil —contestó Brett—. No pienso tomar en consideración ninguna oferta. No hay trato.

Doble le miró malignamente, al mismo tiempo que aplicaba el freno. Una barrera de peaje se extendía ante ellos. Era la que daba acceso al puente Einstein, una atrevidísima construcción que salvaba de un solo salto los mil doscientos metros que había entre las dos orillas del barranco que separaba la zona urbana de la campestre de la ciudad. El barranco tenía unos ciento ochenta metros de profundidad y por su centro serpenteaba la ancha cinta de un río que iba a perderse en el horizonte, en donde se veían brillar las aguas del mar.

El gordo pagó el importe del peaje y luego hizo subir el cristal de la ventanilla, disponiéndose a reanudar la marcha. Brett quiso aprovechar la ocasión.

Oprimió el botón de apertura, pero no sucedió nada. La puerta permaneció incólume.

—¿Qué diablos…? — rezongó, justo en el momento en que sonaba a su lado una gruesa carcajada.

Las venas de la frente se le hincharon como cuerdas. Una oleada de furia incontenible asaltó su espíritu y, sin poder reprimir sus impulsos, fue a arrojarse contra el gordo.

En el mismo instante, sonó un leve chasquido y una pared de cristal se alzó entre ambos. Brett golpeó la pared con ambos puños locamente, soltando espumarajos de rabia por la boca, al mismo

tiempo que profería mil imprecaciones. Pese a la separación, las risas de Doble le llegaron claramente a los oídos.

Se volvió en el asiento. Lina lo miraba fijamente, sin hacer el menor gesto de asombro o sorpresa. Permanecía en su sitio, quieta, inmóvil, como una estatua, con la excepción de sus movimientos respiratorios, que alzaban y bajaban suavemente su busto joven y bien diseñado. También había otro cristal entre él y la joven.

Se resignó a lo inevitable. Había caído en una trampa. Bien, por el momento se dejaría conducir adonde fuese. Después ya vería cómo salir de ella. Cedería circunstancialmente. Más tarde pasaría al contraataque.

* * *

El coche se detuvo ante una casa de singular aspecto. Se mantenía sobre un pivote, de modo que pudiera girar siguiendo en todo momento el movimiento diurno de rotación del planeta y tener siempre la fachada frente al sol. Era una construcción atrevidísima, de líneas audaces que denotaban la tremenda osadía del arquitecto que la había construido.

Brett ya se había resignado. Permaneció inmóvil en su asiento esperando que le fuera permitido descender.

Bajó primeramente la secretaria. El largo y flexible cuerpo de Lina le recordó el de las panteras negras que había visto en el Zoo. La miró y ella Se devolvió largamente la mirada, aunque sin poner en su expresión ningún sentimiento; ni odio ni desdén ni curiosidad; solamente indiferencia.

Ern Doble bajó resoplando como una vieja locomotora de vapor. Guiñó un ojo al joven y luego se metió dos dedos en la boca, emitiendo un agudo silbido. El aislamiento sonoro del compartimento que ocupaba Brett debía ser magnífico, porque no oyó absolutamente nada.

Cuatro barras de hierro brotaron de la parte inferior de la casa, deslizándose suavemente hasta encastrarse en sendos alvéolos en el suelo. Acto seguido, un ascensor que era poco más que una plataforma, empezó a bajar. Iban tres hombres en él y sobraba para otros tantos. Dos de los individuos iban vestidos con bata blanca de manga corta, cerrada por el cuello y que les llegaba hasta medio

muslo. Eran fornidos, robustos y de rostro inexpresivo.

El tercer individuo era delgado, de mediana estatura y adornaba su barbilla con una floración de pelos amarillentos y escasos en forma de perilla. Unas gafas cabalgaban sobre su nariz de gancho y sus pupilas de perdigón bailaban incesantemente en el fondo de las órbitas.

Los tres hombres llegaron junto al automóvil. Doble dio la vuelta, presionó un botón y la portezuela se abrió.

Los dos enfermeros se colocaron frente a Brett, mirándole inamistosamente. Doble asomó la cabeza por encima de ellos.

—Brett, querido —dijo con tono melifluo—, dispensa lo que vamos a hacer contigo. Si te portas bien, no te ocurrirá nada. No nos gustaría tener que recurrir a la violencia,- ¿sabes?

El joven le miró fijamente durante unos segundos. Al fin, habló:

—Saldré solo y te prometo no hacer nada, con una condición.

—Está bien, Brett. Dila.

—Que me acompañe tu secretaria. De lo contrario...

—Oh —rió el gordo—, pero si no es más que eso... Claro que sí, claro que sí. Lina, haga el favor.

—Sí, señor Doble.

La joven avanzó hasta situarse frente a él. Se contemplaron fijamente durante unos segundos.

Salió y se agarró a su brazo. Lina tenía la carne dura y mórbida. Su piel era suave y tersa, muy agradable de acariciar. Una gran sensación de bienestar le invadió al instante.

—Vamos —dijo.

Caminaron hacia la plataforma elevadora. Los dos jóvenes pasaron a ella, seguidos del individuo de la barba de chivo, que no hacía sino farfullar palabras incoherentes.

El ascensor les llevó al segundo piso de aquella casa tan original, dejándoles en una enorme estancia, casi tan grande como el piso mismo y con una gran escasez de muebles. Doble y los dos esbirros subieron después.

Mientras tanto, Brett, paseó la vista en tomo suyo. Había allí un estante para libros, dos sillones, un diván, una mesita baja con algunas revistas atrasadas y...

Contempló con curiosidad el gran sillón cuyos brazos y patas estaban provistos de abrazaderas de acero forradas de caucho

esponjoso. Del respaldo del sillón salsa un sinfín de cables que iban a parar a un artefacto en forma de caja, de un metro cincuenta de altura por uno de ancho y otro de grueso. El aparato tenía en una de sus caras numerosas esferas e indicadores, cuyo objeto no comprendió Brett por el momento.

Doble avanzó hacia él.

—Brett —dijo—, me disgustaría tener que echar mano de la violencia para obtener lo que deseamos de ti. Demasiado lo sabes. Por favor, dínoslo antes de que sea demasiado tarde.

Brett le miró con cara sonriente.

—Adelante, inquisidor, adelante —dijo—. ¿He de sentarme en ese sillón para someterme a tus torturas?

Y lo hizo, sin esperar la respuesta, poniendo gesto desafiador.

—Bueno, ¿a qué esperan? —exclamó al cabo de unos segundos.

—Doctor —dijo Doble—, será mejor que se lo explique usted.

—Ah, conque es doctor y todo. Bien, veo que no te privas de nada, Ern. Doctor ¿en qué, si puede saberse? —ironizó Brett.

El tipo de la barbita y las gafas avanzó hacia él.

—Me llamo Ashenden y estoy graduado en parapsicología, señor Colfax. Quiero que sepa que no tengo nada contra usted y que si pongo en funcionamiento mi aparato es por orden del señor Doble y con su propio consentimiento. Mis ayudantes son testigos de ello para el caso de que usted quisiera entablar una posible demanda judicial contra mí por lo que voy a hacerle a continuación.

—Nadie le demandará, doctor Ashenden —contestó el joven —. ¡Adelante! ¡Empiece con sus brujerías!

El médico hizo una señal. Los ayudantes pasaron a ambos lados del joven y sujetaron sus brazos y piernas sólidamente. También le ataron el pecho con una ancha y fuerte correa, forrada interiormente del mismo tejido esponjoso.

El médico iba y venía del sillón a la máquina y viceversa. Al fin quedó a espaldas del joven y tomó un gran casco metálico que encajó en la cabeza de Brett. Un grueso rollo de cables de todos los colores salía de la parte superior del casco. Algunos iban a parar al respaldo del sillón. Otros iban directamente a la máquina.

—Supongo —dijo Ashenden—, que usted ya sabe para qué sirve este aparato, señor Colfax. No obstante, si lo necesita, le daré cuantas explicaciones desee.

—No me interesan en absoluto, doctor. Eche a andar ese trasto cuando quie... ¡Eh, tú —increpó al gordo—, me soltarás cuando hayamos terminado, supongo!

—Si las respuestas son satisfactorias, ¿por qué no? —contestó Doble gravemente.

Brett le miró durante unos segundos. Después empezó a reír. Suavemente al principio, aumentando el tono y el volumen de sus risas después, hasta llenar con el sonido toda la estancia. Era una carcajada histérica, estridente, aterradora.

De pronto, se calló. Algo hormigueante acababa de recorrerle todo el cuerpo.

—¡Eh! ¡Qué diablos es esto? —chilló—. ¿Es que piensan electrocutarme? No soy ningún criminal, que yo sepa.

—Ha sido una simple prueba, señor Colfax —respondió Ashenden, siempre mariposeando en torno suyo — . Todo está en orden ahora. Le ruego guarde silencio y se abstenga de contestar a todo cuando no tenga relación con lo que vamos a preguntarle.

—Bien, bien, adelante, «rascasesos». Ya puede empezar.

Ashenden se acercó a la máquina y dio media vuelta a una llave.

Inmediatamente, Brett sintió como si mil agujas finísimas se le clavasen en el cuero cabelludo. Fue una sensación de calor y frío a un tiempo, que, no obstante, pasó en seguida» En el mismo momento le pareció que acababan de dejarle el cerebro al desnudo, como si le hubieran levantado la tapa huesosa craneana.

Ashenden manejó otro control. Todas las figuras que había en la estancia desaparecieron de los ojos de Brett. Quedó él solo, en el centro de una vasta extensión gris, que no tenía fin ni principio, arriba ni abajo. Estaba flotando en el interior de un inmenso cúmulo plomizo en el que no se percibía frío ni calor, ruido ni silencio, claridad ni obscuridad. Era una especie de antimundo, un NO SER agradable y deprimente a un tiempo, como si no hubiera nacido y, no obstante, gozase ya de las facultades mentales correspondientes a un adulto de su edad.

Una voz llegó de repente hasta él. No le entró el sonido por los oídos, sino que pareció golpear contra su cerebro viniendo directamente y de todas direcciones a un tiempo.

—Brett Colfax, ¿me oye usted?

—Sí —contestó.

—Voy a sondearle el cerebro —siguió la voz—. Tenemos que averiguar algo muy interesante, señor Colfax. Usted ya sabe de qué se trata.

Su carcajada de respuesta se convirtió en una especie de látigo negro y amarillo que ondulaba rápidamente.

—Échele lo que quiera, «rascasesos» —dijo—. De todas formas, no conseguirán lo que desean...

Y en el acto se concentró en sí mismo. No sabía mucho del asunto, pero conocía un medio por el cual podría evitar el sondeo mental que le iban a hacer.

Se imaginó ante él una pared de ladrillo. En un principio era pequeña, pero luego empezó a elevarla rápidamente. Tenía al lado ladrillos y argamasa suficientes y se puso a trabajar con ardor, levantándola a toda velocidad. Una paletada de argamasa y un ladrillo, una paletada y...

Se dio cuenta de que no llegaría a tiempo. Necesitaba un ayudante. ¿Quién de allí podría hacerlo? Los dos enfermeros no, le serían indiferentes, cuando no claramente hostiles. El médico menos, por supuesto. Y en cuanto al gordo...

Un terrible estremecimiento sacudió todo su cuerpo. ¿Qué sucedería si Doble empezaba a derribar todo lo que había hecho? La argamasa estaba aún fresca y...

Llamó mentalmente a la muchacha. ¿Le ayudaría Lina?

Lina apareció de repente junto a él. Sonreía y su rostro lucía una expresión iluminada. Le pidió que le ayudase. «Si no, será demasiado tarde», dijo mentalmente.

Ella accedió. De dónde, no lo sabía; pero la vio sacar otra paleta y en el acto empezó a montar más ladrillos. ¡Caramba, qué bonita estaba con aquella blusita que tan bien le marcaba el pecho! Y los pantaloneros cortos dejaban ver unas piernas muy hermosas y estupendamente torneadas. Era toda una belleza, la verdad.

—Dése prisa —gritó ella repentinamente angustiada.

Brett se dio cuenta de que, por alguna razón que le era desconocida, Lina quería ayudarle. Empezó a trabajar furibundamente.

De pronto, Doble apareció ante ellos. Traía bajo el brazo una gran viga de madera, a modo de ariete, con el cual arremetió contra la pared de ladrillos que ya tenía dos metros de altura.

—¡Quiero saber la fórmula de la Coka-Moka! —aulló Doble.

—¡No te la diré! —contestó el joven a voces.

Lina trabajaba activísimamente, reforzando la pared de ladrillos con otra hilera paralela, de modo que su grosor fuera aumentando al doble. Al retirarse la viga para un nuevo asalto, taponaron el agujero. La pared engrosó rápidamente.

Doble se lanzó nuevamente al ataque. La pared crujió y se tambaleó pero resistió.

—Otra fila de ladrillos —pidió la muchacha. Si lo conseguimos a tiempo, ya no podrán hacerle nada.

Brett quiso saber una cosa.

—¿Por qué quiere ayudarme usted? —preguntó Brett.

—No haga preguntas y trabaje —replicó ella, sin dejar de paletear, frenéticamente la argamasa.

Brett asintió. La pared sufrió una nueva acometida. Habían colocado ya la tercera hilada de ladrillos, pero esto no impidió que se advirtiese al instante una larga grieta de arriba abajo, en sentido diagonal.

—Un esfuerzo más —pidió Lina.

Brett agarró un ladrillo. Fue a ponerlo, pero en aquel momento sonó un chillido.

—¡Cuidado!

Algo crujió espantosamente. La pared tenía ya dos metros y medio de altura por tres hileras de ladrillos de grosor. La acometida del ariete fue tan fuerte, que todo el muro se vino abajo.

Brett quiso escapar a la catástrofe. Pero no podía, tenía los pies clavados en el suelo. Levantó las manos para protegerse la cabeza del torrente de ladrillos que le venían encima. Uno de ellos pareció atravesarle el brazo y le golpeó en la cabeza.

Todo se volvió negro de repente.

* * *

Ashenden se volvió hacia Doble, señalándole la figura que yacía inconsciente en el sillón.

—Es inútil, señor Doble. Está desmayado.

Doble arrojó una mirada de furia a la grabadora de la máquina. ¿Qué diablos era aquello? ¿Por qué, en lugar de una fórmula

química, se hablaba solamente de ladrillos y argamasa?

Ashenden pareció adivinarle el pensamiento.

—Son las defensas que el señor Colfax ha levantado en torno a su cerebro, señor Doble.

—Pero toda defensa puede violarse, doctor.

—No en este momento. Ahora sería sumamente perjudicial para el paciente reinsistir sobre el mismo tema. Correría el riesgo de volverse loco, con lo cual usted no habría ganado nada y sí perdido todo. Es mejor dejarle que descanse veinticuatro horas por lo menos.

Doble hizo un gesto de rabia Impotente.

—Está bien, doctor. Lo dejo en sus manos. Volveré mañana a estas horas —y se marchó, lleno de furia que no se molestaba en disimular.

CAPÍTULO III

Abrió los ojos. Braceó desesperadamente, tratando de quitarse de encima la nube de ladrillos que le había sepultado. Asomó la cabeza.

Respiró aliviado. Los ladrillos estaban fuera. Pudo salir, observando con sorpresa que no tenía la menor mancha en la ropa. Notó que el suelo era blando y acogedor. Quiso ponerse en pie, pero unas manos se apoyaron con suavidad en sus hombros echándole hacia atrás. Entonces se dio cuenta de que estaba en una cama.

Lina estaba sentada a su lado. La muchacha vestía un sencillo vestido sin hombreras, que dejaba los hombros y una buena parte de la espalda al aire. La falda era corta, por encima de las rodillas. Calzaba sandalias bajas, sin tacón. El vestido era amarillo vivo y contrastaba agradablemente con su piel tostada por el sol. El cabello lo tenía recogido por medio de una ancha cinta del mismo color. Sonreía apaciblemente.

—Tome —dijo ella.

Brett miró aprensivamente la taza que le ofrecía la joven.

—¿No será Coka-Moka? —preguntó.

—No. Beba sin temor. Ah, y llámeme Lina, se lo suplico.

—Sí, Lina. —Bebió. Era un líquido suave y agradable, que infundía un delicioso calor en las venas. Se sintió mejor casi

instantáneamente. Devolvió la taza al terminar—. Gracias. Estaba muy bueno.

Ella se levantó, caminando grácilmente a lo largo de la habitación. Uno de los muros era totalmente encristalado, aunque no transparente sino translúcido. Dejaba pasar la luz, pero no los rayos visuales. Se sentía un agradable calor en la estancia.

Lina volvió, deteniéndose al pie del lecho. Permaneció en pie, con las manos juntas a la espalda, valorizando su espléndida silueta con el gesto.

—Su ardid mental de levantar una pared de ladrillos estuvo maravilloso —dijo.

Brett respingó. Casi estuvo a punto de caerse del lecho.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió.

Ella sonrió apaciblemente.

—Fui hacía usted para ayudarle. Desde el primer momento comprendí que trataba de alzar una barrera mental para esquivar las preguntas del médico y de Doble. Por eso pasé al otro lado para ayudarle.

Brett frunció el ceño.

—No la entiendo —dijo—. ¿Le importaría explicarse mejor?

—En absoluto. Usted ya sabe lo que es la máquina que emplearon. Una especie de extractor de la verdad. Si uno no está prevenido, ha de contestar indefectiblemente a todas las preguntas que se le hacen. Pero cuando se posee cierta inteligencia, acompañada de una no pequeña dosis de voluntad, pueden resistirse impunemente todas las preguntas.

—Sin embargo, necesité ayuda.

—Presionaban mucho. Era imperativo que se le socorriese, Brett.

—¿Cómo hizo usted para ayudarme?

—Me introduje en su mente. Lancé unos dardos mentales y vi que usted se esforzaba afanosamente por buscar un medio de defensa. La pared de ladrillos era un medio magnífico. Pero solo no hubiera conseguido nunca resistir a los asaltos de Doble.

—Usted está mi lado, Una —dijo Brett—. ¿Por qué?

—No espere que le diga que porque me he enamorado de usted —replicó la joven con frialdad—. También en mi modo de proceder hay motivo de egoísmo. Como en su negativa hay motivos también que no son puramente comerciales.

—Me deja usted de una pieza —se quejó el joven—. Yo creí que la había impresionado gratamente.

Ella se sentó de repente a su lado. Le acarició la frente con suavidad.

—Me gusta usted, Brett —dijo con voz baja, cálida—. Pero no se enamore de mi. Sería algo imposible.

—¡Lina! ¡No diga esas cosas! ¡Si ya creo que estoy enamorándome...!

—Tendrá que olvidarme. Usted y yo no podemos casarnos. Y —suspiró, de tal modo que la tela que cubría su pecho se distendió acusadoramente—, es una lástima, realmente.

Brett se apoderó con vehemencia de una de las manos de la muchacha.

—¿Por qué no, Lina? —exclamó—. Usted y yo... Bien, soy joven y no mal parecido. Poseo una fórmula colosal... ¿Quiere vivir en paz? Les diré la fórmula de la maldita Coka-Moka y que se vayan al diablo de una vez. Les cederé las acciones y...

Lina meneó suavemente la cabeza.

—No insista, Brett. Casarnos usted y yo es algo tan imposible como que se junten el agua y el aceite. Pero dejemos ahora esta discusión. Estábamos hablando de los motivos que tengo para ayudarle. He obrado interesadamente, Brett, quiero que lo sepa.

—Al menos —confesó él—, ha sido usted franca. Eso es un mérito.

—Gracias. Mis motivos sí que son egoístas... en cierto modo. Tengo que cumplir acerca de usted una misión y he de hacerlo del mejor modo posible. Por eso le ayudé. Porque yo necesito también conocer la fórmula de la Coka-Moka.

Brett la miró fijamente.

—Sabía que acabaría pidiéndomelo, Una. Está bien, se lo diré.

—¿No teme usted que yo esté actuando por cuenta de Doble?

—He de correr el riesgo, muchacha. ¿Quiere que empiece...?

—¡Un momento! —Una alzó la mano—. Antes de que me diga nada, tendrá que ver algo. Entonces me dirá la fórmula, pero no por la coacción, que yo, mi figura o mi belleza —no neguemos So evidente—, puedan representar en su ánimo. Usted, Brett, me proporcionará la fórmula de buen grado, por propia voluntad, sin presión de ninguna clase.

—¿Y bien? ¿Qué he de hacer yo para ello? ¿Cuándo he de darle la fórmula?

—Dentro de cuarenta años —replicó Lina con incongruencia aparente.

—¡Cuarenta años! —exclamó él, lleno de aturdimiento—. Pero, entonces...

—Cuarenta años es el tiempo que va usted a permanecer en hibernación, según le prometió a su amiga, la señora Kismuller. Cuando se despierte, me dará la fórmula.

Brett preguntó:

—¿Y usted? ¿Esperará tanto tiempo?

Lina sonrió imperceptiblemente.

—Yo esperaré más, mucho más. Quizá unos cuantos siglos, seis o siete.

Brett dio un salto en la cama. Miró a Lina con ojos desorbitados. «Está loca», pensó.

Ella meneó la cabeza.

—No, estoy perfectamente, Brett. Y dentro de poco tendré ocasión de demostrárselo de una forma fehaciente.

Lina hizo una pausa.

Dijo:

—Va a ser sometido nuevamente al interrogatorio de la máquina. Lo harán varias veces. Pero usted resistirá siempre.

Al fin le dejarán libre. Entonces será cuando yo actuaré.

—¡Oh! —Brett se puso las manos en la cabeza. Parecíale como si le fuera a estallar—. No lo entiendo, no lo entiendo.

—Tenga paciencia —dijo ella con voz suave y acariciante —que era un bálsamo para el conturbado espíritu del joven.

Brett levantó los ojos al mismo tiempo que Lina se ponía en pie.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas? —preguntó.

—Lo sabrá a su debido tiempo —repuso la muchacha. Sonrió suavemente—. Ahora voy a traerle la comida. Ya hemos hablado bastante y necesita reponerse para poder soportar impunemente las duras pruebas a que va a ser sometido.

Lina hizo acción de salir, pero él la detuvo.

—¡Un momento! ¿Por qué hace todo esto? Usted es la secretaria de Doble. Lo está traicionando. Eso no es justo ni lícito.

—Antes que secretaria del señor Doble, soy otra cosa, que no

puedo revelar por ahora. Tenga paciencia, Brett, repito.

—Sí, lo haré —respondió él con vehemencia —. Confío ciegamente en usted, Lina. Gracias por todo.

—A usted, por sus palabras, Brett.

—Un momento. Sólo una pregunta, Lina. ¿Me ayudará más tarde, cuando me lleven a la máquina?

—No lo dude ni un solo momento —respondió ella.

Después dio media vuelta y caminó grácilmente hacia la salida.

Cuando se hubo quedado solo, después de haber ingerido una substanciosa comida, Brett encendió un cigarrillo. Contempló las volutas de humo pensando en todo cuanto le había sucedido últimamente. Pero sobre todo su cerebro estaba lleno de continuas apariciones del bello y enigmático rostro de Lina, cuya expresión no acertaba a descifrar en ningún momento. ¿Qué pretendía la muchacha al ayudarle? ¿Qué beneficio esperaba de tal ayuda? ¿No sería, pese a sus palabras, un agente de Doble? Pero no, no le parecía probable esto último. De lo contrario, ¿por qué había surgido mentalmente durante el violentísimo interrogatorio a que había sido sometido, para ayudarle tan eficazmente?

Estas fueron preguntas a las cuales Brett no pudo hallar respuesta de ninguna clase. Y la incógnita torturante continuaba cuando, a la noche, a una hora tan intempestiva como inesperada, apareció Doble con sus esbirros para proceder a un nuevo interrogatorio.

En la segunda ocasión, decidió variar de táctica. No quería emplear la misma barrera, temiendo que sus defensas se hubiesen debilitado demasiado y acabara por ceder.

Cuando se sintió sumergido en aquel campo de algodón gris, se «proveyó» mentalmente de un lanzallamas. Esperó a que se le apareciese la imagen de Ern Doble, ladrándole preguntas en todos los colores del arco iris. Entonces le soltó un terrible chorro de fuego que estuvo a punto de hacerlo arder.

Doble pasó al contraataque, empuñando la manguera de un depósito de espuma contra incendios. Las llamas desaparecieron casi totalmente y sólo la providencial ayuda de Lina, que surgió armada con otro lanzallamas, consiguió evitar la que parecía inevitable derrota.

Veinticuatro horas más tarde, continuó el interrogatorio…

* * *

Ern Doble, cubierto de sudor de pies a cabeza, lanzó una sonora exclamación.

—Es inútil, no hay modo de sacarle nada.

Brett yacía en su sillón, completamente inconsciente, con la cabeza sobre su pecho. Respiraba débilmente y su rostro aparecía de color gris.

—Cuando nota que va a ser interrogado —dijo el doctor Ashenden— establece en torno a su mente una fortísima barrera mental, que resulta imposible de salvar. Y, por más que lo intento, no veo la forma de obviar dicho inconveniente, señor Doble.

—Tendremos que dejarlo por una temporada —manifestó el gordo, a disgusto—. Si continuásemos así, correríamos el riesgo de idiotizarle. Es preferible dejarle descansar y que se reponga. Dentro de un mes, volveremos a la carga.

Ashenden preguntó:

— ¿Significa eso que he de dejarlo, libre, señor Doble?

—Justamente, doctor. Cuando se despierte, dígale que puede marcharse cuando quiera. Haré que le sigan constantemente, sin perder ni uno solo de sus pasos. —Doble sonrió enigmáticamente—. Ya tengo elegido su policía.

Y miró a Lina. Esta le respondió con una pálida e imperceptible sonrisa de asentimiento.

CAPÍTULO IV

Salió Brett de la clínica sin que nadie le estorbase el paso. La clínica tenía un jardín rodeado por una alta verja cuya puerta se abría por control remoto. Cruzó el umbral y suspiró ampliamente, disfrutando de la delicia de aquel día primaveral.

En el cielo, a grandísima altura, un avión trazaba perezosamente las ocho letras odiadas.

COKA-MOKA

Estaban también dibujadas en el suelo, en dirección transversal a la calzada. La palabra era tan ancha como la misma y cada letra media cinco metros de alto.

Rió, satisfecho. Pronto estaría libre de aquella obsesión. Ya no volvería a ver ni oír hablar más de aquel maldito mejunje. Todo habría acabado y...

Un coche se detuvo junto a la acera. Brett lo miró extrañado. Parecía un nuevo modelo, nunca lo había visto antes de aquel momento.

El coche parecía más bien una lenteja plana y alargada y no se le veían ruedas sustentadoras. Posiblemente era uno de aquellos vehículos que se apoyaban para viajar en un colchón de aire. Aun no era un modelo muy generalizado.

En el centro mostraba una cúpula de vidrio totalmente transparente. La cúpula estaba cerrada y en su interior había una persona.

Lina le sonrió afablemente. La muchacha estaba encantadora con el traje azul de una sola pieza, del cuello a la punta de los pies, que moldeaba deliciosamente su esbelta figura. Movió una mano y media cúpula se echó a un lado.

—Pase, Brett —dijo.

El joven accedió, sentándose junto a ella. El interior era cómodo y moderno. Sin embargo, observó extrañado que los mandos del aparato no coincidían casi en absoluto con los de otros similares que él conocía.

—¿Qué clase de trasto es éste, Lina? —preguntó.

Ella dejó que una enigmática sonrisa flotase en sus rojos labios.

—Si se lo dijera, no me creería, Brett. Prefiero, pues, que lo vea por sí mismo.

Movió una palanquita y el coche empezó a caminar suavemente, sin sacudidas.

—¿Sabe que Ern Doble me ha designado como su espía? — dijo ella a los pocos instantes.

—¿De veras? ¿Y no le ha dado repugnancia desempeñar ese papel, Lina?

—¿Por qué? Al contrario, ello facilita notablemente más las cosas, Brett. De otro modo, hubiera tenido que buscar un subterfugio verosímil que me hubiera permitido estar a su lado, sin

levantar sospechas. Así puedo actuar y...

—¡Eh! —gritó de pronto el joven, muy alarmado — . ¿Adonde vamos?

El coche no caminaba por la calzada. Se había elevado, ganando altura a cada segundo que transcurría, lo mismo que velocidad. El suelo empezó a alejarse rápidamente al mismo tiempo que los detalles se hacían más diminutos.

—Un poco de paciencia, Brett, por favor —dijo Lina con calma.

Una nube gris apareció ante ellos. Una puso proa hacia ella sin la menor vacilación. En unos segundos, el coche se sumergió por completo en el interior de la nube.

Todo cuanto les rodeaba desapareció de su vista. El cielo, la tierra, las nubes, el suelo, las casas, los árboles, todo se esfumó absolutamente. Brett se preguntó si no le habrían vuelto a sentar en aquel sillón del que tan malos recuerdos guardaba.

Así permanecieron durante un espacio de tiempo no demasiado largo, unos cinco minutos, calculó él. De pronto, el sol reapareció bruscamente.

Brett parpadeó. Debajo de él había una ciudad grandísima, como nunca recordaba haber visto. Enormes edificios que espejeaban al sol, unidos por audaces y atrevidísimos puentes, formaban calles colosales, por entre medio de las cuales corrían caminos elevados de hasta doscientos metros de altura; fantásticos jardines formados por plantas exuberantes de una vegetación casi completamente desconocida para él, un anchuroso río que parecía de plata al devolver los rayos del sol, cruzado por numerosos puentes de un trazado singularmente osado, todo ello formaba un conjunto maravilloso y realmente espléndido, que rebasaba todo cuanto la imaginación humana pudiera haber concebido.

—¿Eh..., dónde estamos, Lina? —preguntó, atónito, sin dejar de mirar hacia abajo, mientras el aparato perdía altura.

—En su ciudad, Brett —dijo ella.

—¡¡Qué!! —gritó el joven—. ¿Está segura? Pero...

—Dígame —habló la muchacha —, ¿ha visto esta ciudad en alguna parte antes de ahora...?

—No, por supuesto. Sin embargo...

—Es su ciudad, Brett —dijo Lina —. Es decir, tal como será dentro de ocho siglos, es decir, ochocientos años más tarde de la

época en que usted está viviendo actualmente.

Brett miró a la muchacha con aprensión, como si no estuviese muy seguro de sus facultades mentales.

—No, no, yo no estoy bien... —balbuceo.

La tensión nerviosa a que había sido sometido durante tanto tiempo había producido sus efectos y estaba a punto de estallar.

—Se encuentra perfectamente, Brett —manifestó ella con voz segura —. Lo que le estoy diciendo es la verdad. Ahora, espere.

El coche descendió hasta el nivel de una de las calles, deteniéndose en uno de los lados de la misma, al pie de un colosal edificio cuya altura calculó el joven en unos quinientos o seiscientos metros. Sin embargo… no fue esto lo que más le extrañó en la colosalísima ciudad, situada, según Lina, en el año dos mil novecientos, más o menos.

La circulación era relativamente escasa. Los vehículos eran semejantes al que le había traído hasta allí, pero en una ciudad como aquélla, cuya extensión debía ser fabulosa, lo lógico, hubiera sido ver rodar un número diez veces superior cuando menos. En lugar de ello, había espacio suficiente, tanto, como para que los tampoco muy numerosos peatones que caminaban de un lado para otro, pudieran cruzar las calles sin agobios ni preocupaciones de alguna clase.

En cuanto a los habitantes de la ciudad, resultaban aún más extraños. Brett pudo comprobarlo sin tardar mucho.

—Venga conmigo —dijo Lina, agarrándose confianzudamente de su brazo.

Echaron a andar. Ella permaneció en silencio, dejando que Brett llenara sus retinas con las imágenes de cuanto le rodeaba. Así pudo fijarse en las características principales de los viandantes. La inmensa mayoría ofrecían un aspecto muy poco agradable para la vista. Tenían los cráneos desmesuradamente grandes, de tal modo que parecían sendas bolas al extremo de un largo y delgado cuello y oscilaban de una forma que parecía que en cualquier momento podían caerse al suelo y romperse en mil pedazos. Los ojos eran casi esféricos, muy saltones, de apagado mirar, sin apenas pestañas y cejas. Los varones tenían el cráneo completamente mondo y a las hembras les caía el no muy abundante cabello de modo lacio a los lados. Los brazos eran largos y delgados, terminados en unos dedos

que parecían fideos, y las piernas parecían también muy frágiles. Caminaban cansadamente, sin ánimo ni interés por cuanto les rodeaba, casi como autómatas. Ni siquiera se fijaron en la pareja que formaban Brett y Lina y que tanto se diferenciaba del común de las gentes.

Por supuesto, también había personas de configuración normal y las mujeres, en este caso, solían ser tan bellas o más que Lina. Pero todos tenían también, en su inmensa mayoría, una expresión de apagamiento e indiferencia tal que hubiera podido decirse que la vida resultaba una pesada carga más que un don de la Providencia.

—Este es mi pueblo, Brett —dijo ella, al cabo de un buen rato, cuando comprendió que el joven había saciado ya su curiosidad visual.

Se detuvieron al pie de unas escaleras automáticas que conducían a una de las carreteras elevadas. Brett la miró fijamente.

—No acabo de comprender, Lina. Ese... aparato en que me ha traído aquí... ¿es una máquina del tiempo?

—Cronomóvil es su nombre más apropiado, aunque, claro está, que ello no hace a la cosa.

—Y ahora estamos en el siglo veintinueve.

—Exactamente.

—¿Puedo saber por qué me ha traído a esta época? Suponiendo que sea cierto que estamos en el año dos mil novecientos, ¿qué objeto tiene mi desplazamiento en el tiempo?

—Se lo explicaré dentro de un momento, si tiene la bondad de esperar, Brett. Sígame. La muchacha tomó una de las escaleras mecánicas y Brett la imitó. Ambos subieron hasta el nivel superior, a unos ciento cincuenta metros de la calle y caminaron después otro tanto, deteniéndose frente a la entrada de un sombreado parque, cuyos árboles desplegaban sus ramas a más de ciento ochenta metros de altura sobre el nivel de la calle que habían dejado más abajo.

Salvo en la rara conformación de los árboles, el parque no se diferenciaba mucho de los que Brett conocía. Lina se sentó en un banco indicándole con la mano que la imitara.

Brett accedió. Entonces ella empezó a hablar.

—Le dije días atrás que precisaba la fórmula de su bebida. Usted ha estado negándola durante los últimos tiempos, escudándose en el

supuesto entontecimiento de la Humanidad a causa de una excesiva propaganda y de una superabundancia del líquido, que iba a hacer que las gentes no se preocupasen apenas sino de obtener su taza de COKA-MOKA.

—Y es así, Lina —respondió él con vehemencia —. Yo...

—Déjeme hablar, por favor —le interrumpió ella con dulzura—. Sus propósitos son muy loables, es cierto, más no suficientes para su insistencia en negarse a vender la fórmula. Dígase lo que se quiera, el público es veleidoso y tornadizo y usted sabe positivamente que un día, sobre todo si surgiera una bebida mejor que la suya, llegaría a cansarse de ella. Ese día, sin embargo, puede tardar bastante y usted quiere evitar en lo posible la producción de daños mayores que los que ya ha causado, cortando la fabricación de COKA-MOKA.

»A hora bien, usted tiene otros motivos para obrar así. Y yo se los voy a decir, para que luego no dude de mis palabras cuando le digo que nos hemos trasladado a una época situada a ochocientos años al futuro de la cual vive. La COKA- MOKA produce una degeneración de los genes; lo cual se traducirá, a la larga, en una degeneración de la Humanidad. Y ha podido ver la prueba de cuanto le digo. Esas gentes de enorme cabeza y largos brazos son el resultado, al cabo de ochocientos años, de la ingestión de su COKA-MOKA.

Brett abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó, atónito.

—Ha costado muchos años de estudio a nuestros sabios conocer la amarga verdad, Brett.

—¿Y... —tragó saliva— tanto ha podido degenerarse la Humanidad?

—No sólo se ha degenerado física y psíquicamente, sino que, además, está en vías de extinción. Cada vez hay menos nacimientos y, si seguimos así, llegará un día, inexorablemente, en que los últimos hombres desaparezcan, completamente extinguida su raza.

Brett se puso las manos en la cabeza.

—Oh, no, no... Sería demasiado horrible. Yo había previsto una degeneración, pero nunca hasta ese extremo. Pude darme cuenta, cuando estudié algunos casos de niños anormales, nacidos de padres perfectamente sanos de cuerpo y alma, pero que eran obstinados consumidores de COKA-MOKA. Entonces realicé algunos

experimentos secretos en mi laboratorio usando conejillos de Indias y…

—… llegó a la conclusión, cuya demostración práctica, rotunda y definitiva, acaba de obtener —sonrió Una amargamente.

—Sí —dijo él con voz sorda —. Por eso he ocultado siempre los motivos que me obligaban a actuar de esta forma.

La muchacha dijo:

—Pero eso se contradice con permitir que la gente siga tomando la bebida, Brett.

—¿Y qué puedo yo hacer para evitarlo? La Humanidad se ha vuelto loca, Lina. Por otra parte, las existencias de esencia están férreamente guardadas. Ni yo mismo tengo acceso al local en donde las custodian. ¿Voy a lanzar una bomba atómica sobre aquel punto?

Lina meneó tristemente la cabeza.

—Ya no puede hacerse nada para evitarlo, Brett —manifestó—. Es decir, no puede hacerse nada con respecto a su tiempo. Pero si en lo que concierne al mío. Por eso le he traído aquí. Para que me diga la fórmula de la COKA-MOKA.

Brett la miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Dios mío! ¿Es que piensan fabricarla ahora? -gritó.

—No. Todo lo contrario. Prácticamente, la COKA-MOKA es un veneno. Pero ¿cómo encontrar el antídoto para ese veneno, si desconocemos su fórmula? ¿Comprende usted lo que quiero decirle, Brett?

—¡Por vida de…! —exclamó el joven —. Claro que la entiendo, Una. Ya lo creo que comprendo lo que quiere de mí. Usted viene a decirme, sobre poco más o menos, que, partiendo de mi fórmula, ustedes pueden hallar una que podríamos llamar anti-COKA-MOKA que…

Ella asintió, moviendo la cabeza al tiempo que sonreía deliciosamente.

—Exactamente, Brett. Esa nueva fórmula, que, como digo, nuestros sabios están seguros de hallar si conocen la de su bebida, costará que la Humanidad no continúe en su degeneración y dentro de otros tantos siglos vuelvan los hombres a ser lo que eran. Nuestros sabios trabajan por la supervivencia de la especie; no miran al mañana inmediato, sino a un futuro aún remotísimo, como es nuestra época con respecto a la suya.

—Bien —dijo él en tono animado—. Siendo así, no tengo el menor inconveniente en acceder a su petición. Sin embargo, ha de permitirme poner una condición, Lina.

—Sí está en mi mano concederla...

Brett sonrió maliciosamente.

—¡Claro que está en su mano, Lina! —Y de repente lo soltó, como un escopetazo —. Cásese conmigo, Lina.

Ella se puso encarnada, al mismo tiempo que se llevaba ambas manos al pecho, como si quisiera contener los tumultuosos latidos de su corazón.

—¡Brett! —exclamó—. Eso es imposible.

Y se puso en pie, respirando afanosamente.

El joven se levantó de un salto. La tomó por los brazos, atrayéndola hacia sí.

Dijo:

—No es ningún imposible Lina. Usted es una mujer y yo un hombre. ¿Qué cosa hay, pues, más natural que unirnos en matrimonio?

—No podemos, Brett, no podemos —gimió ella, desesperada.

—¿Por qué? ¿Qué obstáculos existen? —gritó el joven frenéticamente—. Estoy seguro de que me quieres, Lina. Lo veo en tu cara, en tus ojos. Estás enamorada de mí, no puedes negarlo. Di que no, si es mentira lo que estoy diciendo.

Las lágrimas empezaron a resbalar por el bello rostro de la joven.

—¿Por qué habré aceptado esta misión? —se dolió—. Brett, Brett, ¿cómo convencerte de que no podemos casarnos? Hay grandes y tremendos obstáculos que se oponen a tus deseos... Uno de ellos es...

—Si vas a decir una mujer, te diré que no conozco a ninguna que valga la centésima parte de lo que vales tú —exclamó Brett con apasionada vehemencia.

—No la conoces aún — dijo ella. Pero la conocerás, cuando despiertes después de tus cuarenta años de sueño en la Clínica de Hibernación donde vas a internarte para huir de Doble y su pandilla. Entonces te enamorarás y te casarás con ella.

—¿Qué? —la miró atónito —. ¿Dices que yo debo dormir durante cuarenta años y que cuando despierte conoceré a una mujer

con la que me casaré?

—Sí. Antes de actuar, hemos estudiado tu vida concienzudamente, Brett. Todo ocurrirá como te lo he dicho.

—Al menos —sonrió él —, dime si mi mujer será guapa.

—Claro. —Lina sonrió también —. En ese aspecto no quedarás descontento.

Brett asintió en silencio. De pronto, disparó sus brazos y la cogió por el talle.

—¡Pero si yo te quiero a ti solamente, Lina!

Ella desvió la cabeza a un lado.

—Por favor —rogó suavemente—. Déjame a un lado. Lo nuestro no puede ser, Brett. Convéncete de ello, te lo ruego.

—Está bien —concordó él con voz desalentada —. No insistiré más. ¿Qué hacemos ahora?

—Regresemos al cronomóvil. AHI tengo papel y pluma. Anotaré la fórmula,

—Conforme.

Echaron a andar en silencio. Los habitantes de la ciudad se cruzaban con ellos sin concederles apenas una mirada. Solamente un par de muchachas, jóvenes y agraciadas, sonrieron con timidez al ver a Brett. Pero, fuera de esto, no vio más gestos amistosos durante su recorrido.

Al llegar al coche, Lina tomó papel y lápiz y se sentó, mirándole frente a frente.

—Puedes dictarme cuando quieras.

—Muy bien —dijo él —. Verás, la fórmula empieza con dos moléculas de hidratos de carbono...

Se interrumpió de repente. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡Lina!

Ella se asustó terriblemente al ver el terrible aspecto que, de pronto, ofrecía el rostro del joven.

—¡Brett, Brett! —gritó —. ¿Qué te sucede?

El se agarró la cabeza con ambas manos, doblándola como si quisiera esconderla entre las piernas. Se golpeó las sienes con ambos puños.

De pronto, levantó el rostro. Sus ojos fulguraban, pese a que la epidermis había adquirido un acentuado tinte plomizo.

—¡Lina, no me acuerdo de la fórmula!

CAPÍTULO V

Cuando se disponía a salir de casa se encontró a Ern Doble bajo el dintel de la misma puerta.

Doble no venía solo. Le acompañaban dos individuos altos, fornidos, de nariz chata y rostro inexpresivo. No eran los enfermeros que había utilizado el doctor Ashenden, pero su aspecto era muy parecido y la misión, quizá, mucho más desagradable.

Sin preámbulos, Doble, dijo:

—Vuelve dentro, tengo que hablarte.

Brett consultó su reloj.

—Sólo durante cinco minutos. Tengo una cita y no puedo posponerla bajo ningún concepto.

—Hablaremos todo el tiempo que me plazca —dijo agresiva y groseramente Doble —. Al diablo tú y tus citas.

Brett trató de dominarse.

—Bueno, veremos. —Y se echó a un lado.

No invitó a sentarse a sus visitantes. Permaneció en pie, en medio del vestíbulo, aguardando a que Doble empezase a hablar.

El gordo no se hizo mucho de rogar.

—¿Dónde están las acciones, Brett?

—Guardadas donde a ti no te interesa, Ern. ¿Qué más quieres saber?

—Una sola cosa; ¿por qué has encargado a Grace Kismuller que las venda?

—¡Qué te importa eso a ti! En todo caso, es cuenta mía. A quién pertenecen esas acciones, ¿tienes la bondad de decírmelo?

Doble crispó los puños.

—¿Sabes que puedo obligarte a deshacer lo que has hecho, Brett?

—¿De veras? —se burló el joven —. ¿Y cómo... empleando a ese par de gorilas contra mí?

—No —respondió Doble —; sino contra tu amiga, la señora Kismuller.

Brett palideció súbitamente.

—Ern, tú no harás eso, ¿verdad? Ella es una mujer, la esposa de mi mejor amigo…

Una cruda sonrisa apareció en los gruesos labios de Doble.

—Por conseguir esas acciones y la fórmula soy capaz de todo, Brett. Ya ves que te soy sincero. Cédeme las acciones y anótame la fórmula. De lo contrario…

Doble no pudo continuar. Bruscamente, sin el menor gesto que pudiera traicionar sus intenciones, Brett le golpeó con el pie en el vientre.

El gordo se dobló sobre sí mismo, gimiendo agónicamente.

Aprovechando la sorpresa, Brett descargó su puño tras la oreja derecha de Doble. Luego se preparó a repeler el ataque de los dos guardaespaldas.

El primero se le arrojó encima, haciendo voltear los brazos como aspas de molino. Brett retrocedió un paso y agarrando un sillón lo puso en el camino del individuo.

Este se desplomó de bruces al suelo, astillando el mueble con gran estrépito. Mientras tanto, el joven se dispuso a enfrentarse con el otro gorila.

Había un florero sobre una mesita baja situada en el centro del vestíbulo. Brett lo cogió, arrojando flores y agua al rostro de su contrincante, quien retrocedió un par de pasos, momentáneamente cegado por aquella inesperada lluvia.

El joven no le dejó rehacerse. Agarró la mesita con dos manos y la estampó contra el cráneo del gorila. El individuo soltó un aullido y se tumbó inmediatamente en el suelo, desentendido en absoluto de la pelea.

En aquel momento, Brett sintió que le agarraban por los brazos, al mismo tiempo que una rodilla se le clavaba cruelmente en la espala, haciéndole doblar el espinazo. La presa era irresistible… si no se sabía cómo contrarrestarla. Brett aflojó todos sus músculos y dejó que el peso entero de su cuerpo gravitase sobre las manos de su antagonista.

Cogido éste por sorpresa, vaciló. Acto seguido, Brett apoyó ambos pies en el suelo y luego distendió las piernas con terrible violencia. Su nuca chocó contra la mandíbula de su oponente, la cual crujió de modo siniestro. La presión sobre sus brazos cesó en el acto.

Se incorporó, sonriendo satisfecho en tanto se limpiaba los labios con el dorso de la mano. Los tres individuos yacían inconscientes en el suelo. Bueno, les daría motivos para entretenerse.

Agarró el visófono y llamó a la policía. Sí, unos individuos habían entrado violentamente en su casa, pretendiendo robarle. No, no habían obtenido nada; él había podido reducirles antes de que lo hubieran conseguido. Allí los tenía, sí, esperando su llegada…

Cortó la conexión y sonrió, satisfecho. Doble no haría nada contra Grace Kismuller. Si la mataba, las acciones no podrían ser vendidas a nadie ni tampoco pasar a manos de ningún otro poseedor que no fuera él. Y entonces habrían transcurrido ya cuarenta años. Doble y su cuadrilla habían podido enterarse de sus propósitos de vender las acciones por medio de Grace Kismuller, pero, que supiese, no estaba enterado de sus intenciones de someterse a la hibernación durante ocho lustros. Si Grace guardaba el secreto…

Salió, sin esperar siquiera la llegada de la policía. El hecho pondría a Doble en un serio aprieto. Antes de que pudiera salir libre de los calabozos policiales, él ya estaría sumido en un sueño que le iba a durar cuarenta años.

Cruzó la acera a grandes zancadas. Junto a su coche había aparcado otro más grande. Indudablemente era el de Doble. Pulsó un botón y la tapa se levantó, dejando ver las entrañas del pequeño motor nuclear. Manipuló otro poco. Esto era por si se despertaban antes de tiempo y querían seguirle. La reacción nuclear se detuvo al instante. La avería no era grave; sólo tenía que cambiar por entero el motor.

Rió para sus adentros en tanto ponía en marcha su vehículo. Pero la sonrisa se le congeló de pronto cuando recordó los últimos momentos pasados juntos a Lina. ¡La fórmula!

Una vez más trató de recordarla. Crispó sus manos sobre la barra de dirección. Era inútil. No podía pasar de las primeras alineaciones moleculares. ¿Por qué?

—Estoy segura —había dicho Lina— de que has levantado en tu cerebro una barrera de defensa contra ti mismo. A fuerza de resistir los ataques de Doble, esa porción de tu cerebro donde está guardada la fórmula ha desarrollado una capa defensiva que ni tú

mismo eres capaz de violar.

—Pero, entonces —respondió él —, ¿cómo averiguarlo? Bien está que me defienda de Doble, pero que lo haga contra mí mismo...

—Hay una solución —declaró Lina lentamente —. Nosotros no tenemos prisa. En ochocientos años, un espacio de cuarenta, es sólo una vigésima parte. Bien podemos desperdiciar todo este tiempo con tal de conseguir lo que deseamos. Haz lo que dijiste. Intérnate en una clínica de hibernación y duérmete. Tu cerebro habrá descansado lo suficiente durante ese tiempo. Al despertar, la necesidad de defenderte psíquicamente, esa necesidad que ahora se manifiesta de un modo subconscientemente instintivo, habrá desaparecido por completo. Entonces podrás decirnos la fórmula.

—Y... — había apuntado él — y si a pesar de todo...

El semblante de Lina se había cubierto de sombras.

—Entonces —dijo— no nos quedaría otro remedio que resignarnos con lo inevitable.

Entonces él la tomó por los hombros y la atrajo hacia sí. Lina trató de desviar el rostro a un lado, pero no pudo evitar que los labios del joven se posaran en su mejilla.

—Ven y espérame en el momento de despertarme. Quizás haya cambiado la situación para los dos.

Ella volvió a florar.

— No, Brett, no. Es imposible. Cada uno vivimos en nuestro propio tiempo. Podemos —los de mi época— viajar a través de las edades; nuestra civilización lo permite, pero no nos está permitido salimos de nuestra era. No, Brett; olvídame, te lo suplico.

Sacudió la cabeza, tratando de borrar de su mente la imagen de la muchacha. ¿Qué hubiera dicho Brett de saber que Lina era una mujer que aún tenía que nacer ocho siglos más tarde? Se hubiera desmayado del susto seguramente.

Pasó por su banco. Pidió acceso a los sótanos, dónde estaban instaladas las cajas fuertes particulares. Abrió la suya y extrajo un grueso sobre de papel manila, en donde tenía guardado el paquete con las acciones. Tomó una cuartilla y escribió en la misma unas cuantas líneas. Firmó con su nombre, y el encargado de la última verja también, atestiguando que el nombre había sido puesto en su presencia. Una vez terminado todo, cerró el sobre y lo selló con lacre. A continuación metió el sobre en la caja y la llave en otro

sobre más pequeño, en cuyo adverso escribió el nombre y la dirección de Grace. Pidió un sello de correos, lo pagó y encargó al individuo lo echara al propio buzón del banco.

Una vez concluidas todas estas operaciones, salió. Montó en el coche y se encaminó, por una autovía de circulación rápida, a la clínica de hibernación, a la cual llegó una hora más tarde.

La clínica estaba instalada en el centro de un espesísimo jardín, sombreado por árboles corpulentos que casi ocultaban la vista del edificio a los ojos de los viandantes. Detuvo el vehículo ante una puerta de hierro enverjada, de unos diez metros de anchura por otros tantos de alto y tocó el cláxon.

La verja se deslizó silenciosamente a un lado. Brett puso en marcha el automóvil y siguió el enarenado sendero que se encorvaba a lo largo bajo la sombra de los árboles. A cien metros de distancia se halló en una amplia plazoleta, uno de cuyos lados estaba completamente cerrado por el edificio de la clínica, de un modernismo que asustaba y asombraba al mismo tiempo.

Dejó el coche y penetró en el umbral. Una linda enfermera, con un sintético uniforme —blusa sin mangas sólo hasta el esternón, lo cual dejaba el estómago al aire, pantaloneros cortos, zapatos de tacón alto y un amago de cofia, todo ello inmaculadamente blanco —, salió a recibirle.

Brett fue derecho al asunto.

—Deseo dormir durante cuarenta años —dijo sin más preámbulo.

—Muy bien —contestó la enfermera, mirándole de reojo—. Sígame, señor; tenga la bondad.

Le condujo a través de un largo y encristalado pasillo, a cuyo final había una puerta toda de vidrio. La enfermera tocó un botón y luego habló, aparentemente, con la puerta.

—Doctor, hay aquí un paciente que desea ser sometido al proceso de hibernación.

—Muy bien, señorita; hágale pasar.

La puerta se abrió y los dos franquearon el umbral. Brett se encontró en un despacho que más parecía haber sido instalado para la decoración de una opereta que para un médico.

El hombre que había allí se levantó, saludándole efusivamente. Era relativamente joven, de buen aspecto y tenía cara de

inteligente. A Brett le agradó su presencia desde el primer momento.

—Me llamo Caypor —dijo, sacudiéndole la mano vigorosamente —. Me alegro de verle por aquí, señor Colfax. De modo que quiere usted dormir durante cuarenta años, ¿no es cierto?

—Ciertamente, doctor Caypor.

Caypor se sentó nuevamente detrás de su mesa. Hojeó en unos papeles y al fin eligió uno, entregándoselo al joven.

—Antes de proceder, señor Colfax —manifestó—, le conviene leer con todo detenimiento el contenido de ese documento. Usted ha de firmarlo y entonces actuaremos nosotros. Es requisito indispensable para poder someterlo a la hibernación. Cuando lo haya hecho y rellenado las casillas correspondientes, nosotros enviaremos una copia fotostática a la Sección de Ultimas Voluntades.

Brett sonrió.

—Casi es un testamento, doctor Caypor,

—Tiene carácter de tal, aunque no lo sea en realidad. Verá señor Colfax, pecaría contra mi profesión si no le advirtiese los riesgos que corre. No suele ocurrir, pero en ocasiones el tratamiento falla y…

—¿Cuáles son los posibles defectos de su tratamiento? —prosiguió Brett bruscamente, sin separar la vista del papel.

—Pues, a veces, el paciente muere. Verá que en ese documento se nos descarga de toda responsabilidad por un accidente similar. Claro que esto no suele ocurrir; el porcentaje es mínimo. Pero también las compañías ferroviarias y las de aviación cubren sus riesgos mediante seguros, ¿comprende?

—Está clarísimo —respondió Brett.

Ya había leído el documento. Tenía que declarar que todo lo hacía por su propia voluntad, que nadie lo coaccionaba, que descargaba a la clínica de todo accidente surgido en la operación contra su voluntad, cuáles eran sus parientes inmediatos, a quienes había que avisar el día en que despertase, y un sinfín de cosas más. Llenó todas las casillas con mano firme y segura y devolvió el papel al médico, una vez firmado al pie.

—La señorita Wasah firmará junto a usted. Ella certificará la autenticidad de su firma.

La enfermera firmó. Entonces, Caypor dobló cuidadosamente el documento en cuatro pliegues y lo introdujo en su sobre, que luego metió por una ranura de su mesa. Acto seguido se inclinó hacia un intercom situado en un ángulo y dijo:

—Envíen el documento adjunto a copiar y realicen los trámites pertinentes. Gracias.

Luego se enfrentó con el joven. Le miró un instante antes de seguir:

—Comprenderá fácilmente, señor Colfax, que el importe de nuestros honorarios es muy distinto según el tiempo a permanecer en hibernación. Tanto por el tratamiento, como por los riesgos que se corren...

Brett echó mano al bolsillo.

—Acabemos, doctor. Tengo prisa. ¿Cuánto? —Y sacó su talonario de cheques.

Caypor soltó una risita.

—Sí, se ve que tiene prisa. Evidentemente... hum... calculando que... —hizo unos breves cálculos con un lápiz sobre un papel y al fin disparó la cifra — : Son dos mil talentos por año, de modo que en total son ochenta mil en los cuarenta que quiere permanecer dormido. A ello es preciso agregarle un cinco por ciento en concepto de servicios y un dos para impuestos, más un cuatro y medio por...

—Dígame la cifra total, doctor. Lo demás no importa.

—Ciento ocho mil quinientos veintisiete talentos, señor Colfax.

«Ventajas de utilizar una moneda nueva —pensó Brett—. Cada talento vale cien dólares, de modo que en total voy a pagar casi once millones por dormir durante cuarenta años. Más de doscientos setenta mil por año..., es decir, dos mil setecientos talentos... Pero la cosa lo merece, indudablemente». Y firmó, entregando acto seguido el cheque al doctor.

Este metió el documento por la misma ranura.

—Comprueben por el banco la autenticidad de la firma y pásenlo al cobro. —Después se puso en pie, salió de detrás de la mesa y pasó amigablemente la mano por el hombro del joven —. Venga conmigo, señor Colfax.

Salieron del despacho y pasaron a una sala, en uno de cuyos ángulos se veía una gran pantalla de televisión. El cristal

deslustrado mediría metro y medio de lado y estaba apagado en aquellos momentos.

Caypor puso en funcionamiento el televisor. Una sala, de forma alargada, apareció ante los ojos del joven.

La sala mediría unos cincuenta metros de largo por tres de ancho y cinco de altura. En las paredes se veían unos nichos, con cubierta de cristal, y había cinco en cada columna, formando largas hileras de toda la extensión del muro.

Había cuatro o cinco personas, todas ellas vestidas de blanco de pies a cabeza y con el rostro cuidadosamente enmascarado, vigilando continuamente el interior de cada nicho, al mismo tiempo que consultaban los aparatos de registro que cada uno de ellos tenía instalados en uno de sus lados. Un par de aquellos cuidadores estaban encaramados en altas escaleras dotadas de ruedas de goma y que se movían eléctricamente de un lado para otro, con el fin de poder inspeccionar las celdillas situadas en la parte alta.

—Como puede ver, señor Colfax, nuestra vigilancia de los hibernantes es aquí incesante y eficaz. Todas esas personas que ve usted a través de la pantalla poseen el título de doctor en medicina e investigan la menor anomalía que se advierte en el estado de nuestros huéspedes.

—Magnífico —contestó el joven — . No tengo la menor duda, pues, de que todo saldrá a pedir de boca. Sin embargo, antes de empezar, quiero hacerle una pregunta y una petición.

—Estamos a su disposición, señor Colfax —contestó el médico untuosamente.

—La pregunta es: ¿guardan ustedes estricto secreto acerca de la identidad de los pacientes que se confían a sus servicios?

Caypor sonrió con aire de superioridad.

—Hemos conseguido que no se moleste si durmiente ni aún con mandamiento judicial. El sueño de un hibernante es sagrado. Puedo citarle la Ley que aprobó el Congreso en…

—Me basta, doctor. La petición es bien sencilla. Cuando despierte, quiero tener listo el periódico del día.

Caypor volvió a sonreír.

—Eso mismo piden todos, señor Colfax —dijo.

Brett despertó cuarenta años más tarde y lo primero que vio, aparte del periódico, fue una cara conocida.

CAPÍTULO VI

Era la de una mujer, linda y agraciada, de cabellos suaves y dorados. Tendría aproximadamente unos veinte años y poseía una silueta escultural. Vestía de blanco, como todas las enfermeras de la clínica.

El despertar de Brett fue completamente corriente y como si se hubiera dormido la noche anterior. Claro que no sabía que hacía ya tres meses que los médicos manipulaban en su organismo, con el fin de que su vuelta a la vida activa se produjese sin la menor dificultad ni el menor trastorno físico. Por eso no se notó atontado ni envarado, sino en un estado completamente normal.

—Su periódico —dijo la enfermera, sonriendo agradablemente. ¡Qué labios tan bonitos tenía! — . ¿Tiene el señor algún interés particular por un plato especial para su desayuno?

Brett se sentó en la cama.

—¡Grace! —exclamó—. ¿Por qué me hablas de ese modo? Han pasado años, pero eso no es obstáculo para...

La enfermera se extrañó notablemente.

—Perdone el señor, pero ése no es mi nombre. Me llamo Carmen. Carmen Fayden.

Brett la miró boquiabierto.

—Es cierto —murmuró —. Usted no puede ser ella... a menos que también se haya sometido a! mismo proceso de hibernación...

—Le aseguro que no, señor —dijo Carmen. Luego rió suavemente—. Todavía estoy contenta con el mundo en que vivo, para desear trasladarme a otro situado en el futuro.

—Pues yo no estaba muy a gusto en el mío —refunfuñó él —. Dispénseme, señorita, pero la confundí con una antigua amiga. Es usted tan parecida a ella.

—Lo comprendo, señor Colfax. Todo el mundo dice que soy el vivo retrato de mi abuelita.

Brett abrió los ojos desmesuradamente.

Exclamó:

—¡Su... abuela! Usted... es la nieta de Grace Kismuller...

—Así es, señor Colfax. Grace Kismuller tuvo una hija y ésta se

casó. Mi padre se llama Fayden, Ronald Fayden. Mi abuelita nos ha hablado a menudo de usted. Por eso hizo que yo entrase de enfermera en esta clínica. Dijo que precisaría de mi ayuda en el momento en que se despertase.

—Simpática Grace —dijo Brett gravemente—. ¿Y no se volvió a casar?

—No —contestó la muchacha —. Estaba muy enamorada de su esposo y prefirió mantenerse libre para siempre.

—Tendré que hacerla una visita... Carmen, es decir, si permites que un viejo de setenta y tres años te trate de tú.

La muchacha exhaló una risa argentina.

—Usted tiene sólo treinta y tres años, señor Colfax. Los años que ha pasado en hibernación no cuentan para nada.

Brett flexionó el brazo. Se encontró, hasta donde pudo mirarse, ágil y fuerte.

—Pues es cierto. Ventajas de dormir tanto tiempo. Al menos, espero no haber echado barriga ¿Vive tu abuela en el mismo sitio?

—Sí, señor Colfax. Le está esperando. Quiere hablarle lo antes posible.

—Iré en cuanto haya resuelto unas cuantas cosas que he de hacer con urgencia. Yo también tengo que hablar con ella. Dices que te ha enviado para ayudarme.

—Sí, señor Colfax. Mi contrato con la clínica expira en el día de hoy. La abuelita lo dispuso así.

—Debe de ser una mujer de mucha energía. Me gustará hablar con ella, sí. Bien —dijo el «joven» tras una pausa—, veamos qué dice el periódico.

Carmen se lo entregó. Brett desplegó el diario e instantáneamente su rostro se cubrió de una capa de ceniza.

La primera plana, aparte del encabezamiento reglamentario, estaba completamente en blanco. Sólo había escritas ocho letras, en un tono tan rojo, que parecían hechas con fuego vivo.

COKA-MOKA

Brett estrujó el periódico con fuerza.

—Pero ¿es que estos malditos individuos no me van a dejar en paz? —miró a la muchacha —, ¿Desde cuándo salen estos anuncios?

—Desde hace tres días, señor Colfax. La gente apenas sabe de qué se trata. Todo el mundo se pregunta qué quieren decir esas ocho letras. Supongo —agregó —, que debe tratarse de alguna estratagema publicitaria.

—¿Tampoco tú lo sabes, Carmen?

—Tengo que confesar mi más completa ignorancia al respecto. Mamá si sabe algo, pero por encargo de la abuelita no ha querido hablarme. Dijo que usted lo haría, si lo estimaba conveniente.

Brett se mordió los labios.

—Tendría gracia —dijo— que ese canalla de Doble se hubiera sometido también a un proceso de hibernación. Carmen, hija, ¿tienes tú acceso a los archivos de la clínica? — preguntó de repente.

—No, pero la encargada es muy amiga mía. Está severamente prohibido facilitar el menor informe acerca de nuestros pacientes, aunque esa amiga me diría lo que necesitásemos.

Brett sonrió,

—Me gusta. Has hablado en plural, Carmen.

—Abuelita Grace me dijo que debía sentir su causa como mía propia, señor Colfax —sonrió ella.

—Bien —contestó Brett—. Magnífico. Cuando vea a abuelita Grace estamparé un rotundo beso en su mejilla» Y ahora, tráeme algo de desayunar. Recuerda que llevo cuarenta años sin probar bocado, Ah, y mientras tanto, que te digan todo lo posible acerca de Ern Doble.

—Sí, señor Colfax.

La muchacha se alejó. Brett desplegó nuevamente el periódico y empezó a hojear lo más interesante de las páginas interiores. Pronto hubo de convencerse de que nada había variado desde entonces. Más o menos, los mismos roces internacionales, el bloque europeo contra el panamericano, éste contra el de Oriente, y el oriental contra el euroasiático, y todos contra todos, como dos manadas de perros y gatos encerrados en la misma jaula.

Carmen volvió al poco rato con el desayuno. Luego se marchó, dejando a Brett que comiera a solas, prometiendo volver más tarde con los informes.

A punto de terminar, llegó Carmen. Su rostro aparecía grave y serio.

—Ern Doble —dijo— se sometió a proceso de hibernación el día 25 de abril de 2132. Su sueño debía durar treinta y ocho años exactamente, es decir, que se despertó el 25 de abril de 2170. Además, he averiguado que no vino solo, sino acompañado de cuatro individuos más. Tres de ellos fueron admitidos. El cuarto no pasó del examen médico. Este último se llamaba Cyrus Robb.

Golpeó la palma de la mano con el puño opuesto cerrado.

—No cabe la menor duda —exclamó. Todos los miembros del directorio de la sociedad se metieron aquí a dormir. Y si no admitieron a Robb fue porque tenía el corazón hecho una alcachofa.

Carmen dijo:

—Eso es lo que dice el informe médico, señor Colfax.

—Bien —dijo Brett de pronto—. Ya no tenemos mucho tiempo que perder. Vamos a actuar. ¿Dónde está mi ropa? ¿No dices que has terminado tu contrato con la clínica?

—Sí, señor Colfax, pero...

—No admito ninguna objeción —cortó él enérgicamente—. Vamos a contraatacar y lo haremos duro y a la mandíbula. Cámbiate de ropa; saldremos inmediatamente de aquí. Que preparen la documentación en el acto.

—Sí, señor Colfax.

Carmen se fue y regresó a los pocos minutos con un pequeño maletín de mano. Ahora vestía una blusa azul y falda corta blanca, lo cual le daba un aspecto juvenil y encantador sin igual. Los ojos se le fueron detrás de su espléndida figura sin poder remediarlo.

Cinco minutos más tarde ya estaba en disposición de salir. Pasaron por recepción, donde Brett firmó todos los documentos que quisieron ponerle delante. Acto seguido, agarró el brazo de la muchacha y se dirigieron a la salida.

Carmen había sido previsora. Ya tenía un coche preparado. La forma, naturalmente, había evolucionado con el tiempo, pero el sistema de conducción no había cambiado sustancialmente. Brett se puso en el asiento del conductor y arrancaron con rapidez, encaminándose a la verja de salida. Esta se deslizó a un lado, pero en el momento en que iba a cruzar, tuvo que aplicar el freno bruscamente.

Una procesión de hombres les cerraba el paso. Cada uno de los individuos era portador de un largo palo, al extremo del cual había

un cartel de un metro de ancho por metro y medio de largo. Y cada cartel tenía pintada una palabra archiconocida.

COKA - MOKA COKA - MOKA COKA - MOKA…

Los dientes de Brett rechinaron. Aquellos individuos volvían a las andadas. Pero ahora estaba seguro de poder contrarrestar sus ataques.

Cuando hubo terminado de desfilar la silenciosa procesión, lanzó a fondo el automóvil en dirección a la ciudad. El joven observó asombrado los cambios habidos en aquel tiempo que había permanecido dormido. Un par de veces se equivocó de camino, pero al fin consiguió llegar al Banco Intermundial.

Penetraron en el edificio, dirigiéndose directamente a la sección de cajas fuertes. Brett pidió su llave. El encargado consultó en su ficherito unos momentos.

Luego se volvió hacia Brett.

—Perdone, señor Colfax, pero su llave no está aquí.

No pudo contener un respingo de asombro.

—¡Cómo! Estoy seguro de que debe hallarse. Mire bien, quizá se trata de una equivocación.

El empleado obedeció por cortesía. Pero su segunda respuesta fue idéntica a la primera.

Carmen le agarró del brazo y se lo llevó aparte.

—¿Está seguro de que tiene que estar aquí esa llave?

—Sí. Dejé ordenado que tuviesen una dispuesta para el día en que me despertase. No comprendo cómo…

La muchacha asintió, sonriendo, con breve parpadeo. Luego dijo:

—Déjeme a mí, señor Colfax. —Y se volvió hacia el empleado—. Creo que hace unos días estuvo aquí un tal Ern Doble, ¿no es así?

—Cierto, señorita —contestó el individuo con asombro. Sin poder contenerse, preguntó —: ¿Cómo lo sabe usted?

—Intuición femenina, supongo — contestó ella deliciosamente —. Y dígame, ¿no abrió el señor Doble la caja del señor Colfax?

—Oh, no; en absoluto. Se limitó a llevarse la llave. Esto puede hacerse con una autorización del interesado, pero nunca abrir la caja si su dueño no está presente. La reglamentación cambió hace

unos años, ¿sabe?

—Por eso Grace pudo tomar entonces los documentos de la caja sin que le pusieran la menor resistencia —dijo Brett en tono aclaratorio —. Tenía mi autorización. ¿Y —preguntó al empleado— el señor Doble trajo algún permiso mío para llevarse la llave?

—Por supuesto. De lo contrario, no se la habríamos entregado.

—Muy bien, muchas gracias —contestó.

Tomó el brazo de la muchacha y salieron a escape.

—Me parece que empiezo a comprender las intenciones de Doble —dijo, mientras caminaban a buen paso hacia la salida—. Es un tipo vivo y astuto, pero nosotros vamos a serlo más.

En la puerta del banco se encontraron con un espectáculo inusitado. Un gran camión rodaba muy lentamente, remolcando una enorme plataforma, sobre la cual había instalados una veintena de músicos. Estos interpretaban una canción, que era cantada por una mujer de gran belleza, tanta como la cantidad de epidermis que ponía al descubierto el vestido de amplios espacios que llevaba «puesto».

... aquél que una vez la bebe,
a nadie más nunca debe...

Carmen palmoteo gozosamente.

—¡Qué canción tan bonita!

Brett arrojó una furiosa mirada sobre la muchacha. Pero no dijo nada.

Cuando tuvieron el campo libre, montaron nuevamente en el coche. Brett se encaminó rectamente a casa de Grace Kismuller, adonde llegaron media hora más tarde.

Grace salió a recibirlos. Todavía conservaba rasgos de su pasada belleza y se emocionó mucho al ver a Brett. Se dejó besar en la mejilla y correspondió afectuosamente en la misma forma.

—Brett, muchacho —dijo—. Parece que no hayan pasado por ti los años.

—Lástima que no hicieras tú lo mismo —se dolió el joven.

Ella sonrió graciosamente.

—Si lo hubiera hecho, ¿tendrías ahora esta linda joven a tu lado, Brett?

Carmen se sonrojó vivamente. Grace les hizo pasar adentro.

—Sirve algo de beber a nuestro huésped —dijo, en tanto se retiraba a un cuarto interior.

—Con tal de que no sea COKA-MOKA —rezongó él a media voz.

Grace volvió unos minutos más tarde, con un gran sobre en las manos. El sobre había perdido buena parte de su color, y se advertía claramente que no había sido tocado desde que Brett lo sellara cuarenta años antes.

El joven la miró con sorpresa.

—Grace —exclamó—, ¿por qué no hiciste lo que dije?

La anciana sonrió con dulzura.

—Lo que era tuyo, tuyo tenía que seguir siéndolo.

—Pero tú estábas necesitada...

—Supe arreglarme bien, querido. No me pareció prudente deshacerme de las acciones. A la larga, opino, hubieran caído en manos de esos buitres, ¿comprendes?

Brett asintió pensativamente. Se abanicó el rostro con el sobre y luego, repentinamente, exclamó:

—Grace, creo recordar que antes tenías en casa una chimenea antigua.

—Sí, pero...

—Enséñamela, no perdamos tiempo.

La anciana se puso en pie, Brett y Carmen la siguieron a una habitación contigua. Brett puso el sobre en el hogar y luego, arrodillándose, le aplicó la llama de una cerilla.

—¡Brett! ¿Por qué haces eso?

—No quiero más líos, Grace —contestó—. Ahora sólo falta hacer una cosa. Cuando haya terminado... ¿tienes la llave que te envié por correo?

—Sí, claro. La he conservado siempre.

—El banco tenía un duplicado. Se lo entregó a Doble. Pero éste no puede abrir la caja si no demuestra que es mi heredero legal o en mi presencia. Vamos a ver si nos anticipamos a él.

—¿Qué es So que guardas en la caja» Brett? —le preguntó fa anciana.

Los ojos del joven chispearon.

—La fórmula de la COKA - MOKA -dijo.

—¡Cómo! tenía entendido que no la habías escrito, que siempre

la guardabas en tu memoria.

—Y así fue. Pero el día en que resolví «echarme» a dormir, decidí escribir la fórmula antes de que se me olvidara. Allí está» a pesar de todo cuanto haya dicho. Y me vendrá muy bien, porque» francamente, no la recuerdo con demasiada claridad.

—¿Piensas volver a fabricar esa bebida? Hace más de veinte años que no se expende en el mercado.

—¿La echa de menos la gente?

Grace se alzó de hombros.

—Psé... Ahora, ya no. Veinte años son muchos» la verdad. Cuando empezó a escasear, abundaron los sucedáneos. Pero ninguno llegaba a su altura, la verdad. Tu fórmula era única.

Brett palmeó suavemente las mejillas de la anciana.

—Tú también eras única, Grace. Lástima que Mark se me adelantará.

Ella sonrió suavemente.

—Te digo lo mismo que antes. Entonces no tendrías a esta linda joven a tu lado.

Brett miró a Carmen.

—Una vez —dijo enigmáticamente —me predijeron que al despertar me encontraría con la mujer de mis sueños. El cuento de la bella durmiente, pero al revés. Grace» sería chocante que acabara convirtiéndome, de antiguo pretendiente, en tu nieto.

—Eh, eh —dijo la muchacha —. Creo que sería muy conveniente que contaseis conmigo.

—Por eso he dicho lo de nieto de tu abuela, muchacha — rió Brett. La agarró de la mano—. Vámonos corriendo al banco, antes de que sea demasiado tarde. ¡Hasta luego, Grace!

Carmen se dejó caer en el asiento del coche, sofocada y sin aliento. Cuando hubo recobrado la facultad de respirar, dijo:

—¡Brett! ¿De verdad tienes la fórmula allí, guardada en el banco?

El joven se echó a reír. Se sentía alegre, exultante de felicidad.

—No. La verdad es que no la recuerdo exactamente. Pero cuando estaba quemando el sobre con las acciones, me di cuenta de una cosa; nos estaban escuchando.

La muchacha se espantó.

—¿Qué dices, Brett? Oh, perdón, le estoy tuteando y...

—Así me gusta más, preciosa -dijo él-. Llámame Brett y de tú. Sí —continuó —, por lo menos en la chimenea había un micrófono. Entonces ideé lo de acudir al banco. Ellos, naturalmente, acudirán y...

Brett dejó la frase sin concluir. Carmen, por su parte, no pudo contener un estremecimiento. ¿Qué graves peligros los amenazaban?

CAPÍTULO VII

Detuvo el coche no lejos de la entrada del banco, desde donde podía observar sin ser visto. Esperaron.

Diez minutos más tarde, llegó un vehículo. Lo conducía Ern Doble y le acompañaban tres individuos a quienes el joven reconoció como miembros de la sociedad. Los cuatro hombres penetraron en el interior del edificio sin más trámites.

—Ahí los tienes» Carmen —dijo Brett sardónicamente.

—Y bien, ¿qué es lo que piensas hacer ahora? —preguntó ella.

—Espera todavía unos momentos —respondió él enigmáticamente.

Transcurrió media hora. Al cabo de dicho tiempo, el cuarteto salió. Todos sus componentes gesticulaban y hablaban entre sí con vehemencia. Doble el primero de ellos. Discutieron unos momentos animadamente en el centro de la acera y luego subieron de nuevo en el coche.

Brett puso en marcha el suyo y empezó a seguirlos. El vehículo que conducía Doble tomó por la Gran Autovía, en dirección a la Clínica de Hibernación. Brett se pegó a él como una lapa, admirado en su fuero interno de la habilidad de su contrincante, que le había permitido salir del lío en que So había dejado en tan pocos momentos.

El suelo se deslizó rápidamente bajo ellos. De pronto Brett advirtió que otro coche los seguía a corta distancia.

—No vuelvas la cabeza, Carmen -dijo-—. Nos están persiguiendo.

La muchacha se apretó temerosamente contra él. Brett miró por el espejito retrovisor, escrutando el coche que iba tras el suyo. Era

un automóvil último modelo, de un color rojo brillante. Su construcción le recordó vagamente otro que viera cuarenta años atrás y la imagen de la hermosa Lina acudió inmediatamente a su memoria.

Sacudió la cabeza. ¿Dónde estaría la muchacha? Dijo que cuando se despertase acudiría para ayudarle, pero hasta eí momento no se había presentado...

—Eh, ¿qué sucede? —exclamó de pronto, muy alarmado.

El coche que le precedía viró de pronto en redondo, ejecutando una maniobra arriesgadísima, dado el gran número de vehículos que transitaban por la Gran Autovía. Brett Colfax vaciló unos instantes.

Esta vacilación Se resultó fatal. El coche que manejaba Doble se le echó encima bruscamente. Brett trató de desviarse, pero era ya tarde.

Frenó de modo desesperado. El automóvil se bamboleó de un lado para otro. Carmen chilló agudamente.

El vehículo se acercó peligrosísimamente a la barandilla, pensó Brett en una fracción de segundo, saltarían al vacío desde una altura de ciento cincuenta metros. Maniobró desesperadamente en el mando de conducción, consiguiendo enderezar el aparato justo en el momento en que iba a estrellarse contra el parapeto.

Aun así, no consiguió del todo evitar el choque. El vehículo rozó el muro con estridente sonido de metales desgarrados. Saltó un par de veces y luego, arrastrado por el formidable impulso que llevaba, dio una voltereta completa sobre su eje. Finalmente, se detuvo en medio de una nube de polvo.

Brett no pudo ver lo que siguió a continuación, porque había perdido el conocimiento. Los cuatro hombres que ocupaban el coche que les había acometido salieron rápidamente del suyo, dirigiéndose hacia ellos.

— Pronto, pronto —gritó Doble.

Brett y la muchacha, ambos inconscientes a causa del vuelco, fueron extraídos del interior del automóvil antes de que nadie pudiera darse cuenta de que era rapto y no una figura tentativa de socorro. La pareja fue trasladada en volandas al coche de Doble y luego éste partió con velocidad meteórica.

Sin embargo, no resultó demasiado rápido para el coche de color

rojo cereza que estaba unos metros más atrás y cuyo conductor había observado detenidamente toda la escena. Lina vio el rapto de Brett y la muchacha con gesto impasible en apariencia, pero sintiendo en su interior mil encontradas emociones que hicieron palpitar con violencia su corazón.

Aguardó unos momentos. Su automóvil podía pasar fácilmente por uno de los que se construían en aquella época, pero esto era solamente en el exterior. En su interior tenía una serie de aparatos que hubieran asombrado al ingeniero de ideas más avanzadas. Así pudo localizar perfectamente, a pesar de que ya no lo tenía a la vista, al automóvil que conducía a la pareja a un lugar desconocido.

Lina reanudó su marcha tranquilamente, sin dejar de seguir con su localizador el coche de Doble. De esta manera pudo enterarse, pues, de la dirección que había tomado el vehículo y conocer el lugar en que se había detenido.

Lina paró el suyo. Consultó la hora. Era poco más del mediodía. Alargó la mano y manipuló en el cuadrante de los mandos temporales. Produjose un leve chispazo y el crono- móvil avanzó cinco horas en el tiempo, haciendo que llegase la noche en un santiamén.

Acababa de hacerse la oscuridad. Lina descendió de su vehículo y se encaminó hacia la casa en donde habían sido guardados Brett y Carmen. En la mano llevaba un extraño aparato metálico que parecía un tubo de metal oscuro, doblado en ángulo casi recto. Vestía un traje de una sola pieza de color negro, incluido el calzado, el cual facilitaba notablemente su libertad de movimientos.

Apretó un botón del tubo doblado y la oscuridad se disipó delante de ella. No obstante, nadie que no hubiera sido ella misma habría podido ver la luz tan singular que brotaba del instrumento. Era una luz extra temporal, cuyas ondas se producían en una dimensión distinta a las de la luz ordinaria.

Avanzó hacia la casa con firme seguridad. En la puerta de la misma, en actitud vigilante, había dos individuos con las manos en las culatas de sendas pistolas. Los guardaespaldas no la vieron llegar, ni siquiera oyeron su caminar, silencioso como el de una pantera.

A pocos pasos de distancia, Lina apretó otro botón del tubo. Realizó la operación dos veces. Cuando hubo termina do, los dos

individuos yacían en el suelo, completamente inconscientes.

Lina franqueó el umbral.

* * *

Brett miró una vez más en torno suyo. El y la muchacha estaban sentados en sendos sillones cuyo uso conocía sobradamente. Cada sillón tenía su máquina correspondiente. Ya llevaban cinco horas con el casco puesto y, por lo que a su persona se refería, había resistido victoriosamente todos los asaltos del interrogatorio.

Carmen se encontraba bastante peor. Su rostro aparecía pálido y demudado y era evidente que si el interrogatorio se prolongaba demasiado y con la misma intensidad, acabaría por sucumbir a un choque psíquico que podría causar graves trastornos en su mente.

Ern Doble se acercó a los prisioneros. Llevaba en una mano una gran jarra de agua y en la otra un vaso. Levantó la jarra con gesto burlón.

—Vamos, vamos, amigo Colfax, no seas tan terco. ¿No ves que resistiendo no ganas nada y en cambio pierdes mucho? Incluso —movió la cabeza en dirección a la muchacha— puedes perderla a ella. ¿Y verdad que no te gustaría?

Los dientes del joven rechinaron de rabia.

—La muchacha no tiene la culpa de lo que me está pasando. Soltadla.

—Muy bien. Lo haremos en seguida, querido Brett —sonrió el gordo cínicamente—. Incluso también te soltaremos a ti. Pero antes tienes que decirnos la fórmula, y por supuesto— esto no lo había mencionado hasta ahora— cedernos las acciones.

—He olvidado la fórmula, aunque no te lo creas, Ern —dijo el joven —. Y en cuanto a las acciones, ¿qué clase de micrófono era el que habéis instalado en casa de la señora Kismuller?

Doble frunció el ceño.

—¿Qué diablos quieres decir, Brett?

El joven sonrió despreciativamente.

—Un buen micrófono —dijo— habría captado fielmente el crepitar de las llamas al quemarse las acciones.

El rostro de Doble se congestionó.

—¡De modo que eso es lo que has hecho! —aulló.

—Justamente, querido gordito —sonrió Brett.

Doble levantó la mano con la jarra, dispuesto a romperla en la cabeza del joven, pero uno de sus socios le detuvo el gesto.

—Déjalo. Las acciones no tienen importancia. Lo que si la tiene, y mucha, es la fórmula. Si conseguimos que nos la facilite, lo demás puede irse al diablo.

—Tienes razón — concordó Doble. Luego sonrió con gesto malévolo—. Tú no querrás hablar, Brett; pero nosotros te obligaremos a ello, ¡Doctor Ashenden!

Los cuarenta años transcurridos no habían pasado en balde por el físico del médico. Este caminó hacia el aparato que había frente a la muchacha y empezó a manipular en los mandos.

Carmen exhaló un gemido, en tanto que sus manos se crispaban sobre los mandos del sillón. Brett se debatió como un poseso, tratando de soltarse de sus ligaduras, sin conseguirlo.

Doble tomó el micrófono que estaba conectado con la máquina que servía para preguntar a la muchacha. Pero en el momento en que iba a formular la primera pregunta surgió una inesperada interrupción.

—¡EH! ¡Oiga! ¿Qué hace usted aquí? —exclamó uno de sus compinches.

Doble se volvió, estupefacto, al reconocer a su antigua secretaria. Por su parte, Brett lanzó un grito de alegría.

—¡LINA!

La joven sonrió dulcemente.

—Hola, Brett.

Carmen miró a la recién llegada, sin comprender exactamente los motivos de su presencia en aquel lugar. Sintió una fuerte repulsión hacia ella, pero; al mismo tiempo, comprendió que venía a ayudarles.

Doble avanzó hacia Lina.

—¿Puede explicarme los motivos de su presencia aquí, Lina? —preguntó abruptamente. Luego se dio cuenta de una cosa —. ¿También usted se sometió a la hibernación?

Ella sacudió ligeramente la cabeza.

—No, no me hace falta —dijo. Luego miró a Brett y a Carmen —. He venido a llevármelos.

Doble respingó.

—¿Qué está diciendo? ¿Se ha vuelto loca? Hace cuarenta años me abandonó miserablemente, sin decir ni una sola palabra. Pensé que se había aburrido de su empleo..., pero ahora veo claramente cuáles son las causas de su proceder.

—Usted no conoce todo, señor Doble —dijo Lina mansamente—. Bien habrá de dispensarme, pero tengo prisa. He de llevarme a...

El gordo crispó los puños.

—Si cree que esto es cosa de juego... —Y, de repente, se dio cuenta de una cosa —. ¿Dónde están los dos individuos que guardaban la entrada de la casa?

Lina sonrió enigmáticamente. Levantó la mano en la cual sostenía aquel extraño aparato.

—En el mismo sitio en que se va a encontrar usted ahora, señor Doble —y apretó uno de los botones del artefacto.

—Doble exhaló un gemido apenas perceptible. Sus ojos se cerraron, dobló las rodillas y cayó suavemente al suelo, completamente dormido.

Lina manejó el aparato cuatro veces más. Al concluir, Ashenden y los tres socios de Doble yacían en el suelo, también dormidos apaciblemente. Brett sintió que los ojos se le saltaban de las órbitas.

—¡Por vida de...! ¡Lina! ¿Cómo ha conseguido hacer eso? —Ahora no tiene la menor importancia —respondió ella.

Guardó el tubo en un bolso que llevaba pendiente del hombro con una simple correa y se acercó a los sillones—. ¿Qué hay de fa fórmula? —preguntó. Brett hizo un gesto de desesperación.

—Lo siento. No consigo recordarla» por más que me esfuerzo en ello.

Se levantó, frotándose maquinalmente las muñecas. Tomó el brazo de Carmen para ayudarla a sostenerse» cuando la muchacha hubo sido liberada de sus ligaduras. Luego miró a la otra cara a cara.

—Le ruego me crea, Lina —dijo sinceramente—. Nadie más que yo deplora lo que me sucede.

La joven se mordió los labios.

—Es indudable que no ha podido libertarse todavía del sentimiento inhibitorio que le causó el interrogatorio a que fue sometido hace cuarenta años. Sus defensas son aún muy fuertes y estoy segura de que su subconsciente las ha desarrollado más

todavía durante estas cinco o seis horas que ha permanecido amarrado a este sillón.

—¿Qué hacer, Lina? —exclamó Brett, desesperado—. Quisiera ayudarla» francamente» pero… ¿Cómo siguen las cosas por allá?

—Mal, como puede comprender. Usted debió ser un químico de primera —contestó Lina—. Nuestros más esclarecidos científicos no han logrado descifrar aún la composición de su bebida. Tenemos muestras, logradas evidentemente por medio de viajes efectuados a través del tiempo en nuestros cronomóviles, pero no hemos conseguido sino resultados muy aproximados, que no por ello pueden clasificarse de definitivos.

Carmen escuchaba aquella conversación sin comprender del todo lo que hablaba la pareja. Quiso preguntar, pero Brett la atajó.

—Ya lo sabrás más adelante. Por ahora, creo que lo mejor que podemos hacer es marcharnos de aquí.

—De acuerdo —accedió Lina—. Salgamos. Tengo el coche a corta distancia de la clínica.

Lina tomó los mandos del vehículo, dirigiéndose a la ciudad. La autovía estaba iluminada como si fuera de día, lo cual facilitaba notablemente la conducción.

Al cabo de unos minutos, Lina preguntó:

—¿Adónde quieren que los lleve?

—Podrá parecer una incongruencia, pero yo lo que siento en estos momentos es un apetito de lobo —dijo Brett—. Y creo que a Carmen le debe pasar lo mismo.

—También yo creo necesitar un poco de alimento —sonrió Lina.

La cena se desarrolló en un ambiente sombrío y lleno de pesimismo. Brett apenas si habló una sola palabra, muy preocupado en recordar una fórmula que ordinariamente debería haber recitado de carrerilla, pero que ahora se le resistía tenazmente. También pensó en las posibles complicaciones que traería su fuga de la clínica de Ashenden, pero esto resultaba «peccata minuta» comparado con el problema de Lina. Había tomado afecto a la muchacha y quería ayudarla con todas sus fuerzas. Sin embargo, ¿cómo hacerlo si no conseguía recordar la fórmula?

—¡Maldito sea el día en que se me ocurrió inventar ese asqueroso brebaje! —exclamó en cierta ocasión con acento frenético.

—Bien, no hay que desesperar —dijo Lina —. Es preferible tener un poco de paciencia y esperar a que los recuerdos afluyan por sí solos, de modo natural, a su memoria.

Brett asintió, sumamente pensativo.

—Si, que vengan los recuerdos... Como Doble vino a mí, puesto que yo no iba a él... Incluso quiso forzarme; creyó que podía guardar la fórmula en mí caja del banco y por eso se apoderó de la llave...

La mano de Carmen se crispó repentinamente sobre su brazo. Brett la miró.

Los ojos de la muchacha brillaban a causa de la excitación que se había apoderado de ella repentinamente.

—¡Carmen! —exclamó—. ¿Qué te sucede?

—Dices... —murmuró ella lentamente— que Doble fue a tí, porque tú no ibas a él... Hizo lo mismo que Mahoma» ¿recuerdas?

—¿Qué tiene que ver Mahoma con lo que estamos hablando? —gruñó el joven, impaciente.

—«Puesto que la montaña no viene a mí —recitó la muchacha —. Mahoma irá a la montaña.» ¡Eso es lo que tú tienes que hacer!

—¿Yo? ¿A la montaña? ¡Carmen! ¿Te has vuelto,..?

—No, no me pasa nada» estoy bien. Simplemente» tus palabras me han dado una idea. Los recuerdos no vienen a ti. Ve tú en su busca.

—¿Y cómo? ¿De qué manera?

Carmen miró a la otra muchacha.

—Lina posee el medio. No puede fallar.

Lina frunció el ceño.

—Sería conveniente que se explicase» Carmen.

—Parece mentira. Dos lumbreras y que no hayan comprendido mí idea -dijo Carmen un tanto despectivamente—. ¿Para que quiere ese cacharro pomposamente llamado cronomóvil? Lleve a Brett a una época anterior a todos estos jaleos, ciando aun no le había sucedido nada y su cerebro estaba perfectamente normal, sin haber sido afectado por los interrogatorios de la máquina. Entonces todo estará como si no hubiera pasado nada y Brett podrá recordar la fórmula. La anotan en un papel y...

Carmen se interrumpió. El silencio se había hecho en torno a ellos.

Temerosamente, preguntó:

—¿Es que... mi idea no es viable?

Brett la agarró por los brazos y la atrajo hacia sí con escandalosa vehemencia.

—¿Viable? ¡Ya lo creo que es viable! Pero ¡qué razón tenía la abuelita Grace al decir que tú me ayudarías cuando me hubiese despertado! —Y sin poderse contener, la besó fuertemente, haciendo caso omiso de la confusión y el sonrojo de la muchacha.

* * *

Salieron del restaurante sin perder demasiado tiempo. Y los tres montaron en el cronomóvil, en el asiento delantero, que ofrecía espacio suficiente para ello. Lina empezó a manipular en los mandos y unos segundos más tarde, el aparato emprendía la marcha.

Rodaron unos cuantos kilómetros hasta hallarse fuera de la ciudad. Entonces, la joven hizo que el cronomóvil se remontase por los aires. Ello no ofrecía particularidad alguna, pues abundaban los coches que podían moverse tanto sobre la tierra firme como en el espacio.

De pronto, una idea acudió a la mente de Brett.

—Linda, yo puedo volver a cuarenta años antes, puesto que ya había nacido entonces. Pero ¿y Carmen? ¿No le ocurrirá nada en ese desplazamiento temporal a la época en que ni su propia madre existía todavía?

—En absoluto —sonrió la aludida—. Todavía faltan casi ocho siglos para que mi nacimiento haya de producirse. Y, como ves, a mí tampoco me ha ocurrido nada de particular.

—¡Uf! —suspiró el joven —. Respiro —miró a Carmen —: Me hubiera sabido muy mal tener que verte desaparecer.

Unos momentos más tarde, habían atravesado la nube y se encontraban de nuevo sobre la ciudad. Esta, naturalmente, había cambiado de aspecto, ofreciendo el que tenía cuarenta y tantos años antes.

Brett sonrió. Los letreros anunciadores de la bebida campeaban por todas partes. Pero ahora ya había desaparecido su obsesión. No era perseguido y, además, se sentía notablemente tranquilo.

Lina hizo descender el vehículo en las afueras de la ciudad, en el interior de un parque público muy poco concurrido en aquel momento.

Abrió la portezuela e invitó al joven a que saliera, al mismo tiempo que le entregaba papel y lápiz.

—Toma —dijo—. Escribe la fórmula. Nuestros grafismos, en mi época, son un poco diferentes de los que usáis ahora, pero tenemos gente capaz de descifrarlos sin mayores dificultades. No, Carmen —exclamó, deteniendo el gesto de la muchacha — , tú no salgas. No te ocurriría nada, física y psíquicamente hablando, pero no podemos correr el riesgo de que permanezcas en una época que no es la tuya. Dentro del coche estás en una zona neutra que no conviene abandonar, por lo menos a los no iniciados en los viajes a través del tiempo.

Carmen asintió. Brett salió fuera. Sonrió.

Notó que tenía la mente extraordinariamente lúcida. El leve embotamiento que sintiera después de ser sometido a las pruebas con el extractor de verdades había desaparecido por completo. Su mano voló sobre el bloc, escribiendo la fórmula de la bebida sin una sola duda, sin la menor vacilación.

Al terminar arrancó la hoja de papel y se le entregó a Lina.

—Toma —dijo—. Esta es la fórmula. Ahora —y volvió a sonreír —, podréis fabricar la COKA-MOKA en vuestro tiempo. Incluso, si me quieres llevar contigo, puedo aconsejarte acerca del modo de montar una buena campaña de publicidad.

Lina sonrió también.

—Eso es algo de lo que hemos prescindido totalmente en mi tiempo. Sube. Te dejaré en tu nueva época.

El regreso se hizo con toda felicidad. Lina les dejó en un lugar solitario, aunque en buenas condiciones para regresar a la autopista. Saltó del coche para despedirse de ellos.

—Adiós —dijo, muy emocionada — . Me acordaré siempre de vosotros. Brett, te dije en una ocasión que encontrarías a la mujer de tus sueños. Ya la tienes; está a tu lado. No la dejes nunca.

El joven rodeó con la mano el esbelto talle de Carmen.

—Por supuesto —dijo—. Nos casaremos lo más pronto posible. Es decir —agregó—si la otra parte interesada no tiene inconveniente.

Carmen apoyó la rubia cabeza en el hombro de Brett.

—Ninguno — murmuró.

Lina se volvió al coche. Los miró por última vez. Después alargó la mano para maniobrar los controles.

Pero antes de que lo hiciera» Brett detuvo el gesto.

—Un momento — dijo. Lina le miró con curiosidad—. Doble y su pandilla andan sueltos todavía. Pueden ponerme en dificultades, ¿Te importaría mucho que en tal caso recurriera a pedirte auxilio? Y si eso puede hacerse» ¿de qué manera podría enviarte un mensaje?

Lina meditó unos momentos. Vaciló un poco, pero al fin se decidió.

Echó mano a un pequeño compartimiento que había en el tablero y sacó del mismo un objeto que en apariencia parecía un destornillador, con el cual estuvo manipulando unos momentos. Diez minutos más tarde, en medio de la expectación de la pareja, despegó del tablero una cajita cuadrada de unos veinte centímetros de longitud, por quince de ancho y seis o siete de grueso. En uno de los lados de la caja se veía una hilera de menudos botones rojos» sobre cada uno de los cuales había un orificio circular, con una cifra en cada uno de ellos.

—Toma —dijo, entregándole la caja —. Esto es un emisor de ondas radiotemporales. Podrás hablarme a través de los siglos, pero no lo hagas si no es absolutamente necesario, ¿comprendes?

—Si consigo liberarme de Doble y sus compinches de una manera definitiva, te prometo destruir el aparato, Lina —aseguró solemnemente el joven—. De esta forma, no podrá caer en manos extrañas que acaso sintieran la tentación de utilizarlo en una forma perjudicial para vosotros y vuestro tiempo. Y ahora, ¿quieres explicarme cómo funciona?

Lina accedió. En pocos momentos aprendió Brett el manejo de la radio del tiempo. Después se despidieron,

Carmen besó a Lina afectuosamente.

—Me gustaría que hubieras vivido en nuestra época —dijo—. Cuando llegues a la tuya, acuérdate de nosotros.

—Para entonces —dijo Brett—, ya nos habremos convertido en polvo.

—Pero habréis vivido toda una existencia llena de felicidad —

dijo Lina con voz velada por la emoción. Los ojos le brillaban con una humedad sospechosa —. Adiós, adiós...

Unos minutos más tarde, el único recuerdo que quedaba del cronomóvil era el emisor de radio que podía funcionar a través de las edades. Brett lo sujetó con fuerza bajo el brazo y luego, agarrando el de Carmen, echó a andar hacia la autopista, que no estaba muy lejos de allí.

* * *

Una semana después, los dos jóvenes estaban en casa de la abuela de Carmen, junto con los padres de la muchacha. Estos no habían puesto el menor impedimento a la boda, aunque, con cierta lógica, habían hecho presentes sus deseos de que el enlace se celebrara dignamente. El acuerdo había sido que la boda se efectuara cuatro semanas más tarde. No habría una muchedumbre de invitados, pero tampoco querían desairar a sus amistades más íntimas.

Brett y Carmen hubieron de ceder a los deseos de los padres de ella. Mientras tanto, se distraían planeando las numerosas cosas que iba a necesitar una pareja que emprendían juntos el camino de la boda.

Grace lanzó un suspiro.

—Cuando yo me casé con tu abuelo, muchacha, no necesité a nadie más que a él —dijo—. Teníamos tan sólo...

Carmen besó afectuosamente a la anciana.

—Aquéllos eran otros tiempos, querida —dijo—. Hoy las cosas han cambiado, ¿no es cierto, Brett?

El joven sonrió.

—Tu abuela tiene toda la razón del mundo; aunque, claro, he de respetar la voluntad de tus padres. Es cierto que Grace y Mark se casaron teniendo prácticamente lo puesto, pero afortunadamente, tú y yo disponemos de una inmensa fortuna que nos permitirá vivir sin estrecheces. Por cierto, que hoy estuve en una tienda de antigüedades y compré un jarrón que me aseguraron que fue fabricado en Dresden hace ciento noventa años. Soy un infeliz que creo en la palabra de todo el mundo, de modo que si el anticuario me engañó...

Brett se levantó y caminó hacia una mesita, donde tenía un paquete de buen tamaño, muy bien envuelto. Quitó el papel que lo cubría, dejando al descubierto unos trozos de papel de periódico que aseguraban mejor el transporte de la fina pieza de porcelana.

—Realmente, era una tienda de antigüedades —rió, al arrojar los trozos de periódico al suelo —. No hay más que ver la forma en que envolvieron el pedido y...

Se interrumpió de pronto. La sonrisa se borró bruscamente de sus labios.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Carmen, muy alarmada.

Brett dejó a un lado el jarrón y se agachó para recoger uno de los trozos de papel que se habían caído al suelo. Era una página casi entera y en ella campeaba una gran noticia con grandes titulares.

MISTERIOSA EXPLOSION DESTRUYE DEPOSITOS DE COKA – MOKA

Terriblemente desconcertado, Brett leyó el resto de la noticia. En ella se decía que una terrible explosión había destruido una serie de grandes depósitos en la fábrica de la popular bebida, perdiéndose varios millares de litros de esencia de la misma. Sus fabricantes, sin embargo, aseguraban que el suministro al público no se interrumpiría a pesar de todo ya que contaban con las suficientes existencias para...

Miró el encabezamiento. La fecha del periódico era de varios meses antes de haberse sometido a la hibernación. ¿Por qué, pues, no se acordaba de tal explosión?

Con el periódico en la mano, se dirigió hacia la anciana, enseñándoselo.

—Grace —preguntó—, ¿sabes tú algo de esto?

La aludida examinó calmosamente el trozo de papel, en medio de la expectación de los presentes.

—Pues claro que sí —respondió—. ¿Por qué te extrañas de ello?

Brett sintió que la cabeza se le hacía un puro lío. Una explosión había destruido todas las existencias de esencia de COKA-MOKA... y él no tenía la menor noticia. Ni se acordaba siquiera de ello. ¿Por qué? ¿Era debido a esto la persecución de que había sido objeto por parte de Doble y sus compinches, persecución que había estado a

punto de llevarle a la locura?

Arrugó el periódico, terriblemente preocupado. No lo entendía, francamente, no acababa de entenderlo.

Carmen se le acercó, tomándole del brazo.

—Brett, por favor, dime lo que te sucede.

—Tendrás que dispensarme, querida —contestó él—. Tengo la cabeza hecha un puro lío... No sé qué pensar ni qué decir... excepto que, salvo por haberte hallado a ti, el haberme pasado cuarenta años durmiendo ha sido una pura tontería.

—¡No digas eso, Brett! —exclamó la muchacha con vehemencia. Pero él se desasió y, sin dar ninguna explicación, salió de la casa a todo correr.

Se dirigió a la Hemeroteca Pública. Pidió los microfilms de los periódicos de aquella época, a partir del día de la explosión. Permaneció allí largas horas hasta que encontró la noticia que andaba buscando, fechada dos meses después de la destrucción de los depósitos.

SECRETARIA DE SANIDAD ORDENA PROCESO CONTRA FABRICANTES DE POPULAR BEBIDA POR ADULTERAR LA COMPOSICION DE LA MISMA.

Chasqueó los dedos. Ahora lo comprendía todo o, por lo menos, casi todo. Las piezas del rompecabezas cuya solución no había podido hallar pese a sus esfuerzos, iban encajando poco a poco. No tardaría en encontrar la misma y su sitio, y entonces tendría la solución.

Cansado, pero satisfecho, regresó a su casa. Desde allí llamó a Carmen, diciéndole que se tranquilizase, que no ocurría nada de particular y que al día siguiente iría a verla y le contaría todo. Le rogó paciencia y la muchacha, enamorada de él, aceptó gustosa todas sus explicaciones.

Después buscó un cómodo sillón y se sentó a esperar. Sabía que alguien iría a buscarle. Bien, le aguardaría allí.

No se dio cuenta de que se había quedado dormido hasta que una mano le despertó, zarandeándole con fuerza. Abrió los ojos y se encontró con el gordo.

Sonrió:

—Hola, Ern.

El redondo rostro de Doble no expresaba amistosidad alguna. Aparecía engañosamente tranquilo, pero una luz de fría cólera brillaba en sus menudas pupilas. En su mano empuñaba una anticuada pistola automática en posición de disparo. Era una «Kirkland 210», capaz de soltar veinticinco proyectiles en un segundo.

—He venido resuelto a concluir de una vez, Brett.

El joven volvió a sonreír, sin moverse siquiera del sillón.

—Ya lo sé. La fórmula o mi vida.

—Exactamente. Te doy un minuto de tiempo, ni un segundo más. Pasado ese plazo de tiempo, si no has accedido a mis pretensiones, dispararé.

—Igual te quedarás sin la fórmula, Ern.

—Y tú, sin la vida. ¿Qué es más codiciable de ambas cosas, Brett?

—La elección no ofrece la menor eluda —respondió el joven tranquilamente—. Y sé lo que te sucede. Ha sido una increíble casualidad que me haya enterado de elfo, pero al fin he comprendido todo.

—¿Qué diablos es lo que has comprendido? —gruñó el gordo.

—La explosión que destruyó los depósitos de esencia de la COKA-MOKA. Tú engañaste al público, fabricando una bebida de sabor similar, pero de composición distinta. Esto produjo numerosas intoxicaciones que dieron lugar a un proceso, ¿no es así?

—¿Qué diablos importa eso ahora? Quiero la fórmula, no tengo ganas de recordar lo que sucedió hace cuarenta años.

Brett seguía sonriendo.

—El periódico dice que ese proceso no pudo llevarse a cabo por haber desaparecido los fabricantes. Te fuiste a dormir a la misma clínica que me refugié yo. Todos vosotros, menos Robb, cuyo corazón no podía resistir los tratamientos preliminares de la operación. Lo tenía en tan mal estado que falleció pocas semanas más tarde, ¿no es así?

—Cierto, pero…

Brett se puso en pie.

—Es suficiente —dijo—. Con lo que he averiguado tengo bastante. Los otros no me importan, son meros comparsas; si les

faltas tú, se deshincharán como globos pinchados con un alfiler.

El rostro de Doble se congestionó repentinamente. Su mano se crispó en torno a la culata de la pistola.

—¡Vamos¡ —rugió. ¡Hablal ¡La fórmula de una vez! ¡La fórmula o…!

—Está bien, está bien —dijo Brett sin inmutarse—. Voy a redactarla en un momento. Aguarda.

Y se volvió hacia una mesita en la cual había papel y lápiz. Pero en vez de ponerse a escribir, lo que hizo fue agarrar el mueble por el borde y lanzarlo hacia Doble con todas sus fuerzas.

El gordo soltó un bramido de ira. Levantó los brazos instintivamente, buscando un asidero, para no caer de espaldas, Brett saltó sobre él» machacándole el rostro a puñetazos.

Unos segundos más tarde, Doble yacía en el suelo completamente inconsciente. Brett se limpió los labios con el dorso de la mano y fuego, arrancando de un tirón una de las cortinas de la estancia» la rasgó en varias tiras con las cuales ató y amordazó fuertemente al caído.

Hecho esto, pasó a una habitación contigua. Allí tras un cuadro, tenía una caja de caudales, cuya puerta abrió, extrayendo de su interior el emisor radiotempora! que le dejase Lina.

Manejó el aparato, siguiendo las instrucciones que le había dado la muchacha. Esta no tardó mucho en contestar.

La tapa superior se iluminó en casi toda su extensión. Aparentemente, era de un metal liso y muy pulido, pero en realidad era una pantalla televisora que dejó ver el hermoso rostro de la joven.

Lina le sonrió dulcemente. Era evidente que disponía de un aparato similar y que le estaba viendo desde ochocientos años de distancia.

—¿Qué deseas de mí» Brett? —preguntó.

—Necesito que vengas cuanto antes. Posiblemente» después de esta llamada» ya no volveré a precisar de tu concurso en la vida. Incluso te prometo destruir el aparato. Sin embargo» estimo urgente tu presencia en esta época.

Ella accedió con leve movimiento de cabeza.

—Iré lo más pronto que pueda, Brett —prometió, y el joven supo que Lina cumpliría la promesa.

Al cortar la comunicación, guardó el aparato en el mismo sitio. Luego cerró el cofre fuerte y regresó junto a su prisionero.

Doble había recobrado ya el conocimiento y le miró con furia homicida. Pero la mordaza le impedía hablar.

—AI fin —le dijo—, voy a cobrarme todo el daño que me has hecho.

CAPÍTULO VIII

Lina escuchó atentamente la relación que le hizo Brett, sin pronunciar palabra, hasta que éste hubo concluido.

Entonces planteó sus objeciones.

—Puedo hacer lo que me pides, naturalmente, pero significa alterar el curso cronológico de los acontecimientos.

—En absoluto. Puede, quizá, que algunos hechos resulten deformados, pero es solamente en la apariencia. Pero al volverme a la época que te pido, harás que todo suceda como debió suceder según la lógica y no de la forma en que ocurrieron los acontecimientos, a partir del momento en que trabé conocimiento contigo.

—Visto desde este ángulo, claro está que tienes razón. Y ¿cómo piensas hacerlo?

—Tú sabes manejar el cronomóvil. Yo no. Tendremos que hacer unos cuantos viajes adelante y atrás en el tiempo, hasta ajustar debidamente el curso de los acontecimientos. Lo primero que debemos hacer es inutilizar a Doble. Después...

Se detuvo, callando unos segundos.

—Todo lo hago por ti y por tu época. He estado meditando intensamente desde que descubrí la verdad de las cosas.

Si no haces lo que yo digo, la Humanidad estaría bebiendo COKA-MOKA veinte años más y su degeneración será tan rápida que es posible que tú no llegues a nacer tan siquiera o, en el caso de que esto ocurra» nazcas convertida en un monstruo repelente. Si ahora tienes esta linda figura y si ahora hay» en tu época, muchas personas aún normales» se debe a que la gente» hace cuarenta años, no tomó la COKA- MOKA más que durante un período de tiempo inferior a un lustro y, por lo tanto, la bebida» influyó muy poco en

los genes y en la herencia. Pero si no destruyéramos los depósitos de esencia» los resultados serían aterradores. Fíjate en que Doble y los suyos fueron procesados por adulteración del líquido. El que fabricaron resultó completamente inofensivo con vistas al futuro, pero en cambio provocó intoxicaciones de pequeño orden, aunque muy molestas, que acabaron por llamar la atención de las autoridades, ¿comprendes?

—Y tú quieres inutilizarlo —sonrió Una.

—Claro —refunfuñó Brett—. No quiero que me moleste más en los días de mi vida. Deseo vivir tranquilo junto a Carmen y emplear mi fortuna en obras benéficas» como una mínima compensación por los daños que haya podido causar con mi brebaje.

Lina le acarició la mano.

—No te culpes de algo que debía suceder irremediablemente» Brett —dijo con dulzura—. Ya te dije que la Humanidad estaba en trance de degeneración y si no hubiera sido tu bebida, cualquier otra cosa habría provocado el desastre. Pero, en cambio, es gracias a lo que tú llamas mejunje» que todo podrá arreglarse satisfactoriamente. El camino es largo, mas los hombres sabrán recorrerlo con paciencia y tenacidad.

Brett meneó la cabeza.

—Quiero mucho a Carmen, pero... ¡qué lástima que tú y yo no hayamos nacido en la misma época!

La joven suspiró y el seno se le distendió suavemente ai hacerlo.

—Hay cosas imposibles de arreglar, Brett. Esta es una y debemos resignarnos con nuestra suerte. Vamos, hemos de poner manos a la obra,

* * *

El oficial de policía que atendió al aturdido y desconcertado Ern Doble lo tomó en principio por un chiflado. Pero tenía buena memoria y pronto saltó al primer plano de su cerebro el grasiento rostro que tenía ante sus ojos.

—¡Usted es el embaucador que ha envenenado a las gentes con su maldita bebida! —exclamó.

—Fue un error, teniente —contestó Doble—. Le aseguro que yo no...

El gordo se calló inmediatamente, comprendiendo que había cometido un gravísimo desliz que ya no había modo de enmendar.

—De modo que So confiesa, ¿eh? —dijo el policía con perverso acento—. Muy bien, amiguito, muy bien. Yo mismo estuve tres meses enfermo por culpa de su maldito brebaje. Le aseguro que lo va a pagar bien caro. Cuando salga de la cárcel, tendrá que pedir limosna. Todo el capital de su Compañía no va a ser suficiente para pagar la lluvia de indemnizaciones que le va a caer encima.

—Pagaré lo que sea —chifló Doble.

En cierto modo era emprendedor y la pobreza no le asustaba demasiado. Su pánico era provocado por los largos años de cárcel que le esperaban... y por otra cosa.

Cuando saliera sería pobre. Ganaría dinero, tenía imaginación, por supuesto, pero ¿cuándo podría reunir lo suficiente para volver a la clínica de hibernación y aguardar allí a Brett?

Ni siquiera quiso mencionar el hecho de que So habían traído hasta allí en una extraña máquina del tiempo. Sabía positivamente que el policía no creería aquella fábula y, si seguía insistiendo, lo más posible era que lo internasen en algún sanatorio para enfermos mentales, de donde ya no podría salir durante el resto de sus días.

* * *

Lina detuvo el cronomóvil en el lugar que le había indicado el joven. Brett salió fuera del coche y miró a derecha e izquierda. Magnífico» la calle estaba completamente desierta.

Se había provisto de algunos utensilios, entre ellos un diminuto soplete con el cual forzó la cerradura de la tienda. La llama fundió el acero como si fuera mantequilla en unos pocos minutos.

Brett franqueó la entrada con perfecta tranquilidad de ánimo. Después» utilizando una linterna diminuta, estuvo rebuscando hasta encontrar lo que deseaba. Salió media hora más tarde, portador de una pesada caja y de un grueso rollo de cable, que depositó en el asiento posterior del cronomóvíl.

—Vamos —dijo, reclinándose en el respaldo.

Se sentía terriblemente cansado, aunque sabía que pronto podría descansar y sentirse libre para siempre de su obsesión.

El cronomóvil se puso en marcha. Franqueó numerosas barreras

temporales, siguiendo siempre las indicaciones de Brett. AI fin se hallaron en el interior del edificio donde se encontraban los depósitos de esencia.

Brett se puso al trabajo. Actuaba contra reloj, sabiendo que a no tardar mucho se efectuaría una extracción del preciado líquido. Pero era preciso destruir aquel germen de maldad. Tenía en sus manos la salvación de la Humanidad y no era cosa de detenerse ante unos daños materiales relativamente de poca importancia.

Una hora más tarde todo estaba preparado. Conectó el dispositivo de disparo a la máquina de relojería, disponiéndolo todo para cinco minutos más tarde, tiempo más que suficiente para poder ponerse a salvo.

Se remontaron a una altura conveniente para no ser alcanzados por la explosión. Esta se produjo en el momento deseado y las llamas fulguraron, precediendo al atronador estampido que conmovió la ciudad casi hasta sus cimientos.

Brett observó satisfecho el derrumbamiento de los muros y el río oleaginoso que se derramaba lentamente, fuera de las desventradas paredes de los depósitos. Nada podría hacerse ya; las existencias de esencia habían quedado destruidas irremisiblemente.

—Ahora —murmuró— vendrán los líos. Doble buscará a un químico que rehaga la fórmula, aunque sólo sea para salir del paso. Empezará mi persecución; yo tendré que huir y esconderme y...

Lina fe tomó la mano dulcemente.

—Tú me has hecho un favor, Brett, y yo voy a devolvértelo.

El joven la miró muy extrañado.

—No te entiendo —contestó.

Por toda respuesta, ella inclinó el busto hacia adelante. Su mano se movió hábilmente en los mandos del cronomóvil y éste se puso en movimiento, franqueando una vez más una nueva barrera temporal.

Al concluir, Brett observó con asombro que era ya de día y se hallaba en las cercanías de la Clínica de Hibernación.

Ella le miró con afecto no disimulado.

—Ya pasaste una vez por aquellas terribles pruebas a que te sometió Doble. Tan duras fueron que llegaste a olvidar la explosión que destruyó los depósitos de esencia. Esto es algo que yo también ignoraba. Aunque había conseguido el empleo de secretaria suya, en

mi presencia no hablaban para nada del suceso ni de las derivaciones posteriores. Pero por ello mismo he querido evitarte la repetición de horas tan amargas. Ya sufriste una vez y es más que suficiente.

Brett no se pudo contener y alargó los brazos. Atrajo a Lina hacia sí, estrechándola con fuerza.

—¡Qué lástima, qué lástima! —repitió.

Sintió que ella gemía y se lamentaba entre sollozos» más no trató de consolarla. Sabía que todo cuanto hiciera sería imposible.

Lina se separó al cabo de unos momentos. Sonreía a través de las lágrimas que bañaban sus hermosos ojos.

—Adiós» Brett, adiós. Ya no volveremos a vernos nunca más.

El joven asintió. Le resultaba muy dura la despedida. Pero comprendía que prolongarla sólo serviría para aumentar el tormento moral de la muchacha.

—Adiós — repitió con voz enronquecida por la emoción. Y salió fuera.

Durante unos momentos estuvieron mirándose fijamente. Luego, con gran lentitud primero, rápidamente después» el cronomóvil tomó altura.

Brett lo estuvo contemplando hasta que lo vio esfumarse tras una nube gris que se había formado repentinamente y que le salía al paso. Después lanzó un suspiro de resignación.

—A fin de cuentas —dijo—, ello no podía ser. Y Carmen me espera dentro de cuarenta años.

Se estremeció.

—Andando —murmuró—. No podemos perder un minuto.

Unos momentos más tarde se encontraba frente a la misma enfermera que ya le recibiera en otra ocasión. El vestido de la muchacha no había variado en lo más mínimo. Seguía siendo tan breve.

—¿Qué desea el señor? —preguntó la enfermera.

Brett sonrió.

—¿No nos hemos visto, antes preciosa? —dijo.

La enfermera se puso muy colorada, al mismo tiempo que abría los ojos desmesuradamente.

Dijo:

— No, señor —dijo—. Nunca.

—Qué raro —murmuró Brett con sorna — . Está bien. Avise al doctor Caypor que aquí hay un cliente que desea dormirse durante cuarenta años.

—Sí, señor. Si el señor tiene la bondad de aguardar unos momentos...

Mientras esperaba al doctor, se sentó ante una mesa. Tomó papel y lápiz y empezó a escribir una carta:

«Querida Carmen: Deseo que hagas una cosa. Ten preparada la documentación y todo cuanto se necesite, incluido el sacerdote y la casa, para el momento en que me despierte. Cuando salga de aquí, quiero llevar ya a mi esposa del brazo. Mientras tanto, recibe el amor de tu...

Firmó la carta y luego, aprovechando las facilidades que daba la clínica, tomó un sobre y lo cerró. Luego escribió algo sobre el anverso. Entró la enfermera. Brett le entregó la carta.

—Para la señorita Carmen Fayden —dijo—. Estará empleada como enfermera aquí el día en que me despierte.

La muchacha abrió unos ojos de pasmo.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó, sin poder contenerse.

Brett la favoreció con un alegre guiño.

—Me lo ha dicho su abuelita —contestó.

Y luego echó a andar hacia el despacho del doctor Caypor. Era preciso ponerse a dormir cuanto antes.

FIN